

Bruno Estañol

Santa María de la Victoria



SANTA MARÍA DE LA VICTORIA

Bruno Estañol

C O L E C C I Ó N
TEODOSIO GARCÍA RUIZ
<i>Obras y materiales digitales</i>

Fecha de aparición: 24 de enero de 2019

ISBN: 978-607-606-480-1

Editor: Luis Acopa.

Diseño de portada: Luis Acopa.

Imagen de portada: Carlos Pellicer López.

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.



SANTA MARÍA DE LA VICTORIA

Bruno Estañol

Índice

Passiflora incarnata.....	7
Vena de loca.....	41
Una historia finita del infinito.....	43
Amaste mujer con insistencia.....	49
La paloma.....	58
Sueño de una noche de lluvia en el verano.....	62
El fin del mundo ya pasó.....	66
Pozo con brocal ensimismado.....	76
El nudo de tus brazos.....	80
El retorno de el profeta Elías.....	88
Semblanza.....	93

Santa María de la Victoria

Sólo mirarte en mi ansiedad espero

Salvador Rueda (A Ella)

“...Y después de apeados debajo de unos árboles y casas que allí estaban, dimos muchas gracias a Dios por habernos dado aquella victoria tan cumplida y como era día de Nuestra Señora de Marzo, llamose una villa que se pobló, Santa María de la Victoria, por ser día de Nuestra Señora como por la gran victoria que tuvimos”

Bernal Díaz del Castillo

Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España

Passiflora incarnata

Amor osculo significatur, necessitas nodo.

(El amor es simbolizado por el beso, la necesidad por el nudo)

Macrobio

Saturnales I, 19, 17

Para Hernán Lara Zavala

I

Esa tarde estuve en un concierto en el cine Unión. María Pía tocaba el *Amor y la Muerte* de Enrique Granados. Los conciertos eran insólitos en el pueblo y alguna vez, hacía tiempo, había escuchado por única ocasión, esa pieza del malogrado compositor. Era domingo y había trabajado mucho toda la semana. Así que tenía mucho interés en escuchar esa impalpable forma del tiempo. Me vestí con un traje de dril beige claro y una camisa de popelina blanca. No me puse corbata. En este pueblo sólo el cura y el boticario Rosete las usaban, y al cura ya lo estaban corriendo y Rosete ya se había ido para siempre. Me despedí de Armenia mi esposa. La dejé acostada en la hamaca de la sala y me dijo que me fuera sin cuidado que no se sentía tan mal. No hay calor gracias a Dios, dijo. No quería nunca salir. En algún momento me confesó que era porque no quería que la viesen enferma.

Era una tarde limpia del mes de febrero y cuando llegué al teatro eran cerca de las siete de la tarde. Del otro lado del río, enfrente del teatro, el sol se estaba poniendo en el horizonte entre unas nubes arreboladas. Había poca gente en el teatro y en la penumbra de la platea se sentía el fresco. Me senté en las bancas de atrás y vi, en el

programa de papel de china, que el concierto incluía también unos nocturnos de Chopin. El piano era apenas de un cuarto de cola y tenía unas notas desafinadas. Nada de eso me importaba. Me sentía contento de estar sentado en la frescura del teatro y apenas saludaba a los que pasaban. La concertista era delgada y alta. El pelo lacio, rubio y corto le caía sobre la frente. Me pareció muy atractiva e intensa. La sobriedad de su cara contrastaba con la vehemencia de sus manos. Desplegaba una concentración absoluta. Me sentí conmovido y triste. Las notas de Granados me tocaban algo íntimo. Caí en un trance melancólico. Escuchaba la música pero al mismo tiempo estaba ausente. Veía en mi cabeza cómo se había pasado mi vida. Siempre detrás del mostrador de estaño despachando toda clase de mercancías. Durante casi todos los días de mi vida me levantaba a las cinco y media de la mañana. Elevaba con una manivela, los toldos de las puertas que encaraban al oriente, para que el calor en las mañanas no fuese excesivo. Limpiaba el mostrador con un trapo de franela limpio; comprobaba que la caja registradora estuviese vacía. Miraba si los barriles de aceitunas, alcaparras y de chiles jalapeños estuviesen tapados. Luego me iba a la bodega y respiraba el olor del maíz tierno, del frijol, del arroz, del garbanzo, del cacao, del café y de la canela. Sabía que no había ratas en esa bodega porque las exterminaba una mascota que se llamaba Maraca. La había traído de Tenosique. Era mansa como un cordero. Sacaba la lengua bífida y a veces siseaba. La alimentaba con pedazos de pollo crudo y a veces con salchichas. Cuando iba a la bodega la llamaba: Maraca, Maraca. Casi no hacía ruido cuando se deslizaba por el suelo pero en el aserrín dejaba sus huellas ondulantes. Algunos le tenían miedo y decían que medía tres metros de largo. Nunca la medí formalmente pero dudo que midiese más de dos metros. Nunca quise tener gato en la bodega porque los gatos son amañados y apasionados callejeros. Me había hecho compañía por muchos años. Yo le acariciaba la cabeza y ella me tocaba la mano con la lengua bífida. Era una boa de las que aquí le llamamos mazacuata. Aunque parecía una excentricidad tener la culebra en la bodega para mí no lo era tanto. Varios comerciantes que había yo conocido en las monterías tenían culebras de ese tipo como mascotas. Uno se acostumbra a ellas y ellas a uno. Mantenían limpias de ratas las bodegas y como causaban temor ningún desconocido se metía a la bodega. Después me iba a despachar la tienda. A veces tenía que cargar costales de mercancía y eso me mantuvo siempre bastante fuerte. Aunque,

como tenía que estar parado la mayor parte del tiempo, se me hicieron varices en las piernas. Todo el día estaba en la tienda desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche. Hablaba mucho con la gente. Cuando mi esposa estaba buena y sana ella estaba siempre en la caja registradora. Después, cuando ella enfermó, yo despachaba y era el único que cobraba. Así que eso implicaba cada día más trabajo. A las dos de la tarde cerraba por una hora para irme a comer. Casi siempre me bañaba antes de comer y me cambiaba la ropa porque la sentía pegada al cuerpo. Después volvía a abrir y seguía trabajando. Pocas cosas me pasaron en la vida excepto tener dos hijas y un hijo que ya se habían casado y se habían ido cada quien por su lado. Ahora vivía yo solo con mi esposa enferma. Antes de abrir la tienda comprobaba la temperatura en la trastienda en un termómetro de mercurio. Este tenía también un barómetro y un higrómetro de esos que traen los barcos y que había comprado a un marinero alemán. Apareaba las dos agujas del barómetro y veía la humedad del aire. A mediodía traían el *Diario de Yucatán* del día anterior. En las noches a veces oía la XEW antes de dormirme y los sábados a las siete de la noche iba al Cine Unión. Mal podía yo saber que esa tarde que asistí al concierto de Granados en el cine mi vida iba a tener un cambio de rumbo. Demasiadas cosas me pasaron esa noche. Había yo sido en realidad un hombre solitario con pocas amistades y eso iba a hacer crisis en mi vida. O tal vez la música de Granados me había puesto en un talante melancólico y vulnerable.

Salí aturdido del concierto. Ya era de noche. Caminé por la calle Madero pero no entré a mi casa. No sé por qué no lo hice; otras veces, cuando regresaba del cine, rápido entraba a mi casa. Seguía imantado por la música. Oía las notas de *El Amor y la Muerte* resonando en mi cerebro. Atravesé el parque Quintín Aráuz y pasé bajo los laureles de la India. Como era domingo la orquesta estaba tocando en la plaza de armas. La marimba-orquesta ensayaba unos danzones y pasodobles cerca del quiosco central. Pensé que hacía muchos años que no bailaba. Pasé tangencialmente por donde bailaban unas parejas y pensé que la fugaz felicidad era, tal vez, bailar. Siempre creí que donde mejor se revelaba la personalidad de las personas era en el baile. El sentido del ritmo tiene que ver algo con la gracia en los movimientos en la vida cotidiana y tal vez con la gracia en la vida. Me senté en una de las bancas del parque y, no sé por qué, me dormí unos minutos.

II

Después me dirigí a la calle Obregón. Atravesé la calle Cinco de Mayo y en la bocacalle de Hidalgo y Mina escuché música a lo lejos. Me acerqué caminando por unas banquetas rotas. La música venía de un toldo iluminado en una esquina. Cuando llegué vi que era un toldo con un tablado de madera. Los músicos estaban parados fuera de la lona. Había una marimba, unas percusiones y un saxofón. El mismo hombre que tocaba el saxo tocaba la mandolina en otras piezas. En los bordes del toldo habían dispuesto varias sillas donde estaban sentadas algunas parejas y un par de mujeres solas. Estaban tomando gaseosas y cervezas. No me acordaba que en estas épocas cercanas al carnaval se ponían estos toldos con tablados en algunas esquinas. Me quedé cerca del tablado oyendo la música y viendo bailar a las parejas. La mayor parte de las piezas eran zapateados. Fue la primera vez que la vi. Era un poco más alta que la mayoría de las mujeres que estaban bailando. Tenía el pelo negro, pesado, con rulos, peinado de raya en medio. Le llegaba hasta los hombros. Me di cuenta que el rizado de su cabello era natural. Vestía de negro con vestido de tirantes que le dejaban los hombros semi descubiertos y el vestido le llegaba justo a las rodillas. Traía un collar de perlas en el que rebotaba la luz amarilla de las bombillas. Usaba zapatos de tacón muy alto y pude apreciar que tenía unas piernas de muslos gruesos y pantorrillas bien torneadas y también un poco gruesas. Lo que más me interesó fue el cabello. Era grueso y pesado y rodeaba una cara de tez apiñonada. Sus cejas eran gruesas y los ojos grandes y negros. Percibí que las pestañas eran largas y rizadas. El vestido y el pelo negro hacía que resaltase su piel morena clara. La piel también hacía un alto contraste con sus grandes ojos negros. Su nariz era un poco grande pero los labios eran llenos y bien dibujados. Mantenía la espalda recta y sus movimientos eran delicados. El cabello se deslizaba inercialmente con los movimientos de la cabeza. Los zapatos de tacón alto destacaban su grupa y sus piernas.

Noté que todos se conocían y que esos bailes eran reuniones casi familiares para bailar zapateados. Me di cuenta que ella iba sin compañía masculina porque bailó sucesivamente con varios hombres. Bailaba con gran placer pero no había mucha coquetería hacia el hombre con quien bailaba. No miraba a los ojos al hombre y no le

sonreía. Tuve muchos deseos de sacarla a bailar pero me sentía inseguro porque pensé que me podría decir que no. También pensé que hacía muchos años que no bailaba zapateado y que en realidad esta era una reunión casi íntima. Estaba un poco extrañado que en ese pueblo tan pequeño no la hubiese yo conocido antes. A pesar de todo sentí un intenso deseo de acercarme a ella, escuchar su voz y reflejarme en sus ojos. No sabía qué hacer. Pensé que ya estaba bastante viejo para ella y además que era casado y Armenia me esperaba en casa sintiéndose mal. Sin saber qué hacía me acerqué a ella. Era uno de esos momentos en que los músicos no tocaban. Me levanté el sombrero de Panamá y le dije: Buenas noches, baila usted como nadie. Giró la cabeza y me miró con sus grandes ojos oscuros circundados de ojeras. Sentí algo parecido a la felicidad. Me sonrió con una sonrisa levísima y sin embargo para mí tan clara como el mediodía. Usted es don Amador el de la tienda del parque, dijo. Sí, Amador Cumplido para servir a usted, pero no tanto. No tengo el gusto de conocerla, dije yo. Me llamo Flora. Después volteó la cabeza hacia donde estaban los músicos. Pensé que tal vez uno de los músicos era su marido. Después me volvió a dirigir la mirada. El zapateado es muy lindo, dijo. No sabía qué decirle. Hace muchos años que no lo bailo pero he disfrutado mucho de verla bailar; baila usted con mucha gracia. Luego de un breve silencio le dije: me gustaría mucho conversar con usted algún día. Casi nunca salgo y tal vez pronto me vaya de aquí, pero quizás pueda ir a comprar algo a su tienda. Después los músicos arremetieron con otro zapateado y ella salió a bailar. Me invadió una sensación de plenitud. La estuve observando un tiempo y después no pude tolerar verla más y me fui caminando despacito por las calles arenosas de Santa María de la Victoria saltando entre los charcos de agua. A lo lejos resonaba el taconeo en el tablado.

III

En una de éstas uno se muere y no hace lo que quiere en la vida, pensaba al otro día mientras le daba de comer a la Maraca. Sabía ya que algo me había pasado. Algo, quizás, con lo que no iba yo a poder. Sin embargo tenía que ver con la huesa que quizás pronto me esperaba.

La muerte calaca y flaca

*sentada en un platanar
comiendo tortilla seca
para poderse engordar.*

Así pasaron unos cuantos días y llegó el carnaval. Sabía yo que al domingo siguiente tal vez la podría encontrar en el tablado, verla bailar y hasta conversar con ella. O quizás ella se acercaría a la tienda una tarde y hablaría conmigo. Sabía que Armenia no duraría mucho y eso me entristecía enormemente. Al mismo tiempo sabía que yo estaba vivo y sano y quería vivir un poco más. Por lo demás mi vida sólo había servido para trabajar.

Empezaban a aparecer las comparsas del carnaval. Me gustaban esas comparsas con hombres y mujeres tiznados con betún que bailaban música africana con sus vestidos con hombreras de holanes. El sábado fui al parque porque había música. Vi una comparsa con una mujer pequeña pero con un pelo muy grueso y rizado y grandes senos maravillosamente erectos. Alrededor de ella un hombre joven cantaba:

*Ay negrita por favó
si tú me querés a mí
contigo me casaré
y después pobre de mí.*

Con la edad uno se hace más difícil y complicado pero no deja de ser humano. Yo sabía que podía tener una o varias mujeres. Simplemente podía ir a la mancebía o podía buscar una mujer con ayuda de alguna otra mujer. Sin embargo nunca lo había yo hecho. No había tenido la íntima necesidad de hacerlo o tal vez había estado contento con mi mujer. Acaso estaba yo muy ocupado con el trabajo pensando que necesitaba ganar dinero. Pero no. Lo que yo necesitaba era ver a Flora. Hablar con ella no importa lo que pasara después; como el negro que pregunta con miedo si lo quieren para poderse entregar, dichoso, a la perdición. Ese miedo sin embargo me espoleaba para volverla a ver. No sabía dónde vivía. De todas maneras no me hubiese atrevido a visitarla. No sabía si era casada. Tampoco sabía a quién preguntar. Me senté en una banca de la plaza y cerré los ojos para escuchar mejor la música. Pensé en los años con Armenia mi mujer;

en la época en que éramos jóvenes. Muchas veces nos habíamos sentado juntos en las bancas del parque viendo como daban vuelta los muchachos y las familias alrededor del quiosco. Tomábamos mantecados de vainilla en cucuruchos y a veces cacahuates garapiñados. Recordé cómo nos habíamos encontrado en la plaza de Tenosique y después vivido allá y en Laguna de Términos y finalmente cómo habíamos recalado en el puerto de Santa María de la Victoria. Y en este lugar íbamos a acabar nuestras vidas. Probablemente ella antes que yo. Ella siempre dijo que me iba a enterrar. Ahora ya no decía nada. La oía toser en la noche y cada día estaba más delgada y cercana al fin. Las medicinas no le hacían gran cosa. El médico le escuchaba los pulmones, con la nariz y boca cubiertas con un pañuelo de seda blanco, y movía la cabeza hacia los lados. La recordaba cuando era una adolescente de dieciséis años, con su cintura avispada y sus nalgas respingadas. Me acuerdo de ella el día de la boda con su vestido de organza y encaje blanco. Ese día cumplió diecisiete años. Después por muchos años ella trabajó en la tienda conmigo. La recuerdo siempre sentada a un lado de la caja registradora. Así pasaron los años hasta ahora en que me di cuenta que ya iba yo a cumplir sesenta y cinco años. Siempre quise a Armenia pero nunca le había tenido esa pasión que ahora me consumía. Es verdad que la había deseado, pero nunca tanto como deseaba a Flora. De hecho era la primera mujer que yo deseaba así. No era la edad muy correcta para enamorarme como lo estaba haciendo ahora. Pero el pelo rizado y los tacones altos de Flora me habían calentado la sesera.

El domingo fui de nuevo al cine Unión. Salí a las nueve de la noche. Me dirigí a la esquina de Morelos y Mina. Tenía el oído alerta para escuchar la música del zapateado. Dos cuadras antes de llegar me detuve en la bocacalle y pude oír distintamente la música y el taconeo. El sonido del saxofón me hizo temblar. Fui caminando sobre las banquetas rotas. Un perro nocturno me ladró detrás de un cerco de palma. Cuando llegué al tablado me di cuenta que estaba yo acezando. Tuve una breve confusión porque había muchas personas en el baile; esperaba verla con el vestido negro, el collar de perlas y los tacones altos. No la vi en la pista del tablado. Después que la música paró y las parejas regresaron a sus lugares me di cuenta, para mi mal, que ella no estaba. Estaba inquieto y desolado. Decidí esperar un tiempo. Para no llamar la atención, ya que estaba yo ahí sin hacer nada, pedí una cerveza. El baile, que tanto me había interesado

el domingo anterior, ahora me parecía descolorido, sin gracia. Alrededor de las once de la noche decidí marcharme.

Tenía que buscar otra manera de encontrarla y conversar con ella. Recordé que me había dicho que tal vez pronto se iría del pueblo. Tal vez ya se había ido. Tal vez nunca la volvería a ver. Cuando llegué a casa encontré mejor a Armenia. Me siento mejor, creo que la fiebre ha cedido; comí mejor. Qué bueno que has salido. No quiero que sientas tanto el peso de mi enfermedad, dijo. No contesté. Le toqué la mano. Estaba caliente. Una sed que no podía saciar la abrasaba y a mí también.

IV

Hay verdades secretas y hay verdades desquiciantes. Casi siempre son las mismas. Reconocí de golpe que necesitaba ver a Flora y que haría lo que fuese por verla. No podía esperar hasta el domingo siguiente para simplemente comprobar que ella no había llegado al tablado. Me había convertido en otro hombre. Quizás en un hombre mejor porque me daba cuenta que durante todos los años de mi vida me había esforzado por convertirme en un monstruo. En una especie de devoto paradójico que se esfuerza por no sentir nada y por no desear, querer o amar a nada o a nadie. Un devoto incapaz de no sentir ninguna pasión. Nunca había comprendido el interés obsesivo que algunos hombres sentían por las mujeres. No había tenido tampoco interés religioso y al parecer lo único que me interesó en la vida fue trabajar. Iba a la iglesia para las bodas o bautizos familiares. De vez en cuando daba un donativo. Pero lo más desquiciante es que nunca realmente me interesé en nadie. Ahora posiblemente era muy tarde, pensé. Una pasión tardía me iba a consumir como a un pabilo. O tal vez iba a ser como la pavesa momentánea de un pabilo. No sabía yo que tan cierta iba a ser esta imagen. Sin embargo pensé entonces que ahora iba a vivir cada minuto de lo que quedara de mi vida. Era la única forma de compensar por el tiempo que no había vivido. Aunque todos creemos que no hemos vivido lo que hubiéramos querido, esta sensación para mí se hizo agobiante. Tal vez en esta sensación tenía que ver el hecho de que mi pobre mujer se estuviese muriendo. No quería yo salir de Santa María de la Victoria para ir a las grandes ciudades, ver teatro, ver cine, escuchar la música que nunca escuché o leer los libros

que nunca leí. No. Tampoco quería salir a beber y tomar los mejores vinos o comer las mejores viandas. Ni pensaba que tenía que viajar a lugares remotos como los que había yo soñado de niño, cuando veía los planisferios y mapamundis extendidos sobre el mosaico blanquinegro de la casa paterna. Todo lo que quería era tener a Flora y yacer con ella. Sabía que iba a tener muchos riesgos por esa decisión y que iba a ser difícil. Pero aún así yo estaba decidido. Ahora tenía que saber cómo hablar con ella.

Tal vez hay cosas de mí que no he dicho o no he querido decir. Es cierto que casi toda mi vida la he pasado de tendero detrás del mostrador. Es verdad que yo he creído que así pasaría toda mi vida. Todavía no entiendo como acepté ser el sucesor de mi padre en la tienda. Tal vez fue lo más cómodo para mí. Quizás lo que pasó es que tuve miedo de vivir mi propia vida. Mi padre siempre insistió que yo debía estudiar y salir de Santa María de la Victoria. Cuando terminé la primaria tenía doce años. Me mandó solo y mi alma, en un pailebot, al puerto de Veracruz y allí estudié la escuela secundaria. A lo lejos reconocí el viejo fuerte español de San Juan de Ulúa que había yo visto en una enciclopedia. Fueron para mí años de dura soledad. Extrañaba mi casa y sobre todo a mi madre. También las comidas. Cada fin de año iba a Santa María de la Victoria y todos me decían cómo había crecido. Al terminar la secundaria mi padre me dijo que me iba a mandar a México a estudiar la escuela preparatoria. Fui a parar a una casa de huéspedes donde había un par de muchachos de Santa María de la Victoria. Les gustaba el trago y la farra y me acusaban de payo provinciano. Yo comía poco y mal y la comida picante me hacía daño. Eso no me importaba. Estaba deslumbrado por las clases. Para mí todo era nuevo. Sentía que debía estudiar lo más posible porque eso era lo que mis padres querían. Pero a mí también me gustaba el estudio sobre todo de la literatura, la filosofía y las matemáticas. Al terminar el segundo año de preparatoria regresé por barco a Santa María de la Victoria. Quería estudiar matemáticas. Sin embargo cuando regresé vi que mi padre estaba enfermo. No es nada, me dijo. Pero yo adiviné que ya estaba cerca de la huesa. Me puse detrás del mostrador, en su lugar, a despachar. A mi madre la veía vieja y cansada. Después ya no salí de detrás del mostrador. Dejé de leer libros y de interesarme por los problemas que me sorprendieron cuando estudiaba en el puerto de Veracruz y la Ciudad de México. En raras ocasiones, en las noches, leía algunos poemas en antologías poéticas y hojeaba mis viejos libros de matemáticas. Así,

algunas personas me bromeaban que me había encerrado en un cuchitril para no salir jamás. Sabía que era cierto pero no me molestaba que me lo dijeran. Sabía que ese era mi deber como hijo y no podía hacer otra cosa. Al poco tiempo murió mi padre. Mi madre me dijo, la tienda es tuya, hijo. Cásate si quieres y trabaja aquí que es de donde eres. Eso hice hasta que conocí a Flora.

V

No quería buscar ni encontrar razones para justificar lo absurdo. Lo irracional estaba ahí y eso era lo que yo quería. La vida, sentí, siempre había sido la lucha contra el desorden y el ruido. Comprendí que el desorden no sólo amenazaba con meterse en mi vida sino que, de hecho, siempre había estado allí. Yo vivía en una apariencia de orden. Pero debajo de esa apariencia había muy poco. Sentimientos desdibujados. Ni siquiera era un hombre racional. No reconocía en mí preocupaciones religiosas o espirituales; ni siquiera intelectuales o estéticas. Tal vez eso fue lo que sentí cuando escuché la música de Granados. Tal vez por eso se despertó mi pasión amorosa por Flora.

Los días pasaban interminables. Armenia se consumía, ella sí, como un pabilo. No encontraba la manera de saber sobre Flora. Uno de esos días llegó a la tienda una mujer a quien reconocí como una de las bailadoras del tablado. Le pregunté si los tablados los ponían los sábados y los domingos. Respondió que sólo los domingos pero que durante el carnaval iban a estar puestos todas las noches. Le pregunté por la señora Flora. Me dijo que era viuda y que su marido había muerto en un viaje a Veracruz. Que se sostenía haciendo vestidos para niñas y para estas y que al parecer se estaba preparando para irse. Me dijo donde vivía. Me alegré mucho que fuera viuda. Sabía que esta alegría era malsana pero no podía evitar sentirla. Cuando la mujer me dijo la dirección sabía yo que esa noche iría a visitar a Flora. No quise preguntarle más. Empecé a pensar que le debía yo llevar un regalo. Llevarle flores sería un absurdo. Algo de comer sería peor. Atravesé la calle y en el comercio de unos compadres turcos compré una pañoleta de seda. Estuve pensando que iría a la anochecida alrededor de las ocho de la noche. No sabía si me iba a recibir. No había querido mandarle un recado con la mujer con la que había hablado en la tienda. Sabía que las cosas debería hacerlas por mí

mismo. Empecé a rumiar la idea obsesiva que la vida la medimos con unidades de tiempo y que en realidad el tiempo debería medirse con unidades de vida.

VI

Uno tiene que aprender a vivir en la incertidumbre. La mayor parte de los hombres y mujeres no lo aceptamos. Queremos siempre saber. No queremos sentir o pensar que no sabemos. Así vamos por la vida llenos de supersticiones y de ideas que nos tranquilizan. Me di cuenta que no sabía casi nada de Flora. ¿De dónde era? ¿Cómo había llegado a Santa María de la Victoria? ¿Cuántos años tenía? ¿Quién había sido su marido? ¿Tenía hijos? ¿Por qué se iba de Santa María de la Victoria? ¿A dónde iba? Pero sobre todo ¿me iba a recibir? ¿Cómo la iba a encontrar? ¿Habría algún hombre en la casa?

Eso iba pensando mientras atravesaba el parque rumbo a la casa de Flora. El dependiente de la tienda se extrañó un poco que cerráramos antes de las nueve. Le dije a Armenia que iba yo a salir a caminar y a tomar un mantecado. Me dijo, ve, ve. Pasé por la calle Obregón y encontré que muchas señoras estaban afuera tomando el fresco. Habían sacado las mecedoras a las aceras y conversaban y saludaban a los que pasaban. Dije, varias veces, buenas noches. Qué milagro don Amador dijo una. No contesté nada y aceleré el paso. Todo eso me molestaba y no me daba cuenta cuánto me iba a molestar la presencia de las mujeres en las mecedoras en el futuro. Pero en ese momento sólo pensaba en mi inminente encuentro con Flora.

VII

Llegué a la puerta de la casa de Flora. La casa era de madera pintada de un verde desvaído. Pulsé la aldaba y di los tres toques reglamentarios de mi destino. Casi inmediatamente se abrió la puerta. Me encontré de frente con los enormes ojos de Flora. Estaba vestida con un vestido floreado que le llegaba abajo de las rodillas. El pelo lo tenía recogido en un moño. No tenía carmín en los labios ni colorete en las mejillas. Me di cuenta que tenía los ojos grandes y ojerosos de las moras. No acerté a decir nada. Ella se me quedó viendo y sonrió levemente pero tampoco dijo nada. Me hizo un gesto con la mano para que yo pasara. Entré a una especie de sala y comedor. En la sala había un espejo cuadrado en una esquina, una mesa de centro, dos mecedoras de mimbre y un

sofá de mimbre. El piso era de cemento pulido. En la otra parte de la habitación había una máquina de coser *Singer*; de esas que se mueven con pedales y que tienen una manivela con rueda arriba a la derecha; había también una mesa llena de retazos de tela y moldes de vestidos. La habitación daba la impresión de miseria. Me gano la vida como modista, dijo. Como yo seguía sin decir nada, preguntó:

— Supongo que me viene a ver para que le haga unas camisas a la medida.

Pensé que sería injusto para mí y para ella empezar todo con una mentira.

— No, vine a verla porque necesitaba verla, porque no podía esperar más sin verla y hablarle. Le traje un pequeño regalo.

Le di la pañoleta de seda que no venía envuelta. La tomó y la extendió. Después se la puso sobre la cabeza y luego la deslizó hacia el cuello.

— Hacía tiempo que no tenía una de éstas. Es lindo traer una pañoleta.

De todas maneras le puedo tomar las medidas para hacerle unas camisas. Necesito trabajar mucho para reunir para el pasaje e irme de aquí.

— ¿Vive sola? —me atreví a preguntar.

— Sola y mi alma.

— ¿Es usted turca? —pregunté.

— Lo que se hereda no se hurta, como dice el viejo refrán; soy árabe y no turca pero ya sé lo que quiere usted decir.

— A fe mía que sí, contesté.

— ¿Cuántos años tiene don Amador?

— Sesenta y cinco—. Después le pregunté si tenía hijos.

— Se malogró un hijo antes de nacer, después ya no me volví a embarazar y mi marido murió. Usted se ve más joven de lo que parece. Es usted un hombre muy fuerte.

Quería preguntarle muchas cosas. ¿Por qué se iba? ¿A dónde iba? ¿Cómo había recalado en Santa María de la Victoria y por qué se había quedado a vivir allí? Ella sin embargo no parecía tener mucha curiosidad con respecto a mí. Seguramente sabía que era casado y que mi mujer estaba enferma. Tal vez sabría que yo no era un hombre de aventuras con mujeres. Tal vez estaba ligeramente intrigada por mi visita. Yo tenía que

decirle la verdad, la oscura y ardiente verdad que me consumía como un pabilo. Sin embargo las palabras no acudían a mi boca.

— Quiero pedirle un favor –le dije en voz suave.

— ¿Qué?

— Quiero que se suelte el pelo y se lo esponje. Es todo.

No dijo nada, pero se quitó la peineta que le mantenía el moño. Una gran mata de pelo negro y rizado se extendió encima de su cabeza y sobre sus hombros. Después se pasó los largos dedos entre el cabello. El cabello se esponjó. La vista del cabello me trastornó. Era como si tuviera una aureola en vez de pelo. Se convirtió de una mujer ordinaria, sin arreglar, en una mujer fuera del mundo. El cabello era más largo de lo que yo había pensado y le rebasaba los hombros.

— Incline la cabeza y mueva el cabello hacia abajo. –Lo hizo. Después levantó la cabeza y se rió.

— Qué cosas raras me pide usted. Creo que me está camelando.

Yo sabía que tal vez esta sería la única oportunidad de hablar con ella y de decirle lo que yo quería. No podía esperar más.

— Flora, desde que la vi en el tablado –empecé a decir.

— ¿Qué? –dijo ella desafiante.

— No he dejado de desearla un instante.

— Será amor a primera vista como en la adolescencia.

— No es amor. Es un deseo que no puedo ni quiero apagar.

— ¿Y cómo sabe si yo quiero? ¿Cómo sabe que estoy dispuesta a estar con un hombre casado? ¿Cómo sabe si no tengo otro hombre?

— No sé nada, no le he preguntado a nadie sobre usted.

— Es mentira, habló usted con una de mis vecinas.

— Es cierto, así supe la dirección. Pero no le pregunté nada más. ¿Tiene usted otro hombre?

—No, enviudé hace apenas seis meses. Ahora trabajo para irme a Veracruz o tal vez a México. Pero para que yo lo acepte necesita saber varias cosas. Calló y movió la cabeza hacia los lados como fastidiada.

—La primera es que tiene que saber que pronto me iré y que me tendrá que dar el dinero para el viaje y para que me instale después a donde yo vaya. La segunda es que cuando me vaya ya no me podrá usted visitar nunca en otra ciudad. La tercera es que me tendrá que enamorar un poco. Me tendrá que visitar todas las noches mientras viva en Santa María y comprarme un gramófono. La última es que si usted no me gusta se lo haré saber y se tendrá que retirar.

— Vaya pues –dije.

Ni siquiera me había invitado a sentar. Se dirigió a la puerta. La abrió.

— Hasta mañana, dijo.

— Tiene muy bonito cabello y muy bonitas piernas. Me gustan sus piernas con los zapatos de tacón alto.

— Apenas está usted aprendiendo a enamorar a las mujeres don Amador.

— ¿Quién enseña a los hombres a enamorar a las mujeres? –Pregunté.

— Las mismas mujeres –contestó.

VIII

Esa noche, mientras caminaba de regreso, fui feliz. Anticipé que la iba a poseer. No podía yo aspirar a una mayor felicidad. En el camino me tocaba los brazos para comprobar que estaban fuertes y sanos. Pensé que la iba a poseer todas las noches por un período de tiempo. ¿Por cuánto? No lo sabía y en ese momento pensé que no me importaba. Y tampoco me importaba que me hubiese dicho que le diera el dinero para irse del pueblo. Me intrigaba que se diese cuenta tan rápido de mi deseo por ella. Tal vez porque le dije que no era amor lo que yo quería. Al otro día busqué el gramófono y finalmente lo encontré.

Esa noche llegué y encontré a Armenia sentada en la sala en el sofá de mimbre. Estaba leyendo una revista y se veía mejor. Le dije, estoy muy cansado y me gustaría acostarme.

— Cerraste hoy temprano –contestó.

Le dije que tal vez a partir de ahora iba a cerrar un poco más temprano. Ya estaba aburrido de trabajar tanto. Me contestó que me había tomado mucho tiempo para darme cuenta de eso pero que a ella le daba gusto. En la madrugada desperté y la oí toser. Le toqué la mano: estaba ardiendo. Me levanté y le puse unos paños de agua fría en la frente. Después me volví a dormir. Desperté con el estrépito del despertador. Me sentí cansado pero inmediatamente supe que hoy era el día que la iba a tener. En ese momento pensé, no sé por qué, que una de las condiciones que me había puesto Flora era la de visitarla todas las noches. No sabía yo a ciencia cierta la razón de esa condición. Si la iba a visitar todas las noches tendría de alguna manera que decirle a Armenia que iba a salir. Me causaba pena tener que dejarla sola en las noches. Tampoco entendí demasiado lo que dijo Flora de aquello de enamorarla un poco.

Fui a la tienda pensando en esas cosas y le di de comer a la Maraca. Después pasé el paño de franela sobre el estaño del mostrador y giré la manivela del toldo. Hacia el oriente el disco solar despuntaba.

IX

Al otro día que hablé con Flora en su casa le mandé el gramófono. Creo que eso la convenció de que yo realmente estaba interesado en ella. Tenía la bocina grande y chirriaba un poco pero su sonido era bueno. Junto con el gramófono le envié unos discos. Eran discos de danzones, pasodobles y tangos. No quise yo llevar el gramófono y se lo envié con un hombre que lo puso en una carretilla de mano. Esa misma tarde una mujer me entregó un sobre cerrado con mi nombre. Había una notita que decía: Recibí el gramófono y los discos. Me ha dado gusto recibirlos. Lo espero en la noche. Flora. Ya no había vuelta atrás. Sabía que de ahora en adelante cerraría una hora antes y me iría a verla. Me sentí inquieto durante el día, no sabía qué iba a pasar en la noche.

Como a las cinco de la tarde me afeité y me puse colonia. Hacia las seis le informé al dependiente que durante un tiempo íbamos a cerrar la tienda a las ocho de la noche.

— ¿También los sábados?

Preguntaba porque los sábados eran los días que más vendíamos en las tardes. Me puse mi traje de lino y mi sombrero de Panamá. Le dije a Armenia que iba a salir. Se me quedó viendo y noté un cierto dejo de burla en su mirada.

- Tú nunca sales.
- Ahora ya voy a salir todas las noches.
- ¿Todas? –Se sonrió.
- Sí –contesté.
- Anda, distráete. Nomás no vengas tan tarde.

A las ocho y treinta de la noche me encaminé a su casa. Caminé por la calle principal sorteando a las viejas de las mecedoras como mal pude y llegué a la casa de Flora. Cuando me abrió estaba vestida como el día que la conocí en el tablado. Vestido negro de tirantes que le llegaba justo a las rodillas, collar de perlas, zapatos de tacón altísimo. Un perfume seco emanaba de su cuerpo. La casa estaba recogida pero me seguía dando una impresión de miseria. El gramófono estaba puesto sobre la mesa donde cortaba las telas. Me senté en una de las mecedoras de mimbre. Noté que las paredes estaban vacías excepto por el espejo. Ella se sentó enfrente de mí en la otra mecedora y cruzó las piernas. Tenía unas piernas torneadas y con los zapatos altos lucían maravillosas. Me miraba con una sonrisa mitad burlona mitad divertida.

- ¿Cree que va a poder visitarme todas las noches don Amador? Creo que va a tener muchos problemas por mí pero de todas formas ya ha hecho mucho esfuerzo para que yo lo acepte. Piense que es nada más por un tiempo.
- Va a ser difícil pero no imposible.
- Tiene que renunciar a muchas cosas –dijo.

— Gran parte de la vida significa renunciar –dije y en el momento que lo dije ya me había arrepentido—. Lo que los demás digan me tiene sin cuidado. En realidad el único problema es mi esposa. No quiero lastimarla. Ya hablaré con ella.

Me quedé callado. Luego me acerqué a ella. Se puso de pie. La tomé por el pelo. Vi de cerca sus ojos y su boca y su nariz un poco grandes. Echó la cabeza para atrás para que le oliese el perfume en el cuello. Después me besó apasionadamente. Sentí su lengua dentro de mi boca y su cuerpo pegado al mío. Después se retiró y se dirigió al gramófono.^[1]

- ¿Para qué crees que sirve? –dijo y puso uno de los discos de danzón—. Vamos a bailar danzones y tangos siempre antes de hacer el amor.

Bailamos. Sentía sus pechos y sus piernas. Puso un tango y luego un pasodoble. Desabroché el cierre de la espalda y le quité el vestido. Su ropa interior era negra. Contrastaba con su piel blanca. Tenía unas medias negras de seda y ligeros negros. Yo no me había quitado mi saco de dril ni mi camisa. Bailamos después un tango. Ella me dijo:

— Me gusta bailar contigo sin que tú te quites la ropa.

Después se quitó el sostén y el ligero. Bailamos así. Tenía sólo puestas las medias y las bragas. Después se quitó todo. Se quedó sólo con los zapatos de tacón alto. Bailamos un danzón. Me dijo:

— La última prenda que me quiero quitar son los zapatos. Me llevó a la habitación. Me quitó el saco y después la camisa. Me quité el pantalón y se metió todo el miembro en su boca.

Se montó encima de mí.

— Quiero que me hagas lo que tú quieras pero primero te voy a hacer lo que yo quiero. No te vengas rápido.

Tuvo varios orgasmos. Yo me contenía y ella seguía viniéndose. La puse sobre el borde de la cama. Estaba sudada y acezante. Me apretaba el pene cada vez más.

— Ahí te va la envergadura.

— Por esto es que quiero que me vengas a ver todos los días.

Los dos éramos sinceros y violentos. Dos animales nostálgicos y ávidos de vida se enfrentaban a la muerte.

X

Qué absurdo que me llame Amador Cumplido, pensaba yo cuando la iba a visitar todas las noches, incluyendo los domingos. Nunca había sido gran amador y nunca había salido tarde de la noche.

Decidí, las primeras visitas, para evitar pasar por la calle principal y no ver a las viejas saludadoras que estaban sentadas en las mecedoras en la puerta de sus casas, irme por las calles de atrás, sorteando los charcos de agua. Sin embargo me molestaba que los zapatos se me mojaran. Me puse polainas para que no se empaparan tanto. Los

perros me ladraban y me mordían el carcañal cuando pasaba y eso me ponía de mal humor. Después tuve que llevar un bastón para apartar a los perros. Quería yo llegar con Flora de buen humor. Ella siempre estaba de buen humor. Tenía una alacridad que me encantaba. Me recibía con una hermosa sonrisa. Me preguntaba cómo quería que se vistiera. Yo siempre le contestaba que se vistiera de negro tal como la vi el primer día que la conocí. Después le pedí que la ropa interior también fuera de color negro y que siempre que la visitara se pusiera los zapatos de tacón alto.

Después decidí pasar todas las noches por la calle principal porque por las otras calles los perros me ladraban. Allí estaban las inevitables viejas meciéndose en los sillones, abanicándose con los abanicos plegables y matando mosquitos. Trataba de pasar rápido por donde estaban murmurando un confuso buenas noches.

Contestaban: buenas noches Don Amador. A veces decían: buenas noches señor Cumplido. Luego cuchicheaban entre ellas. Yo me decía que eso era un pago muy pequeño para el placer que tenía con Flora. Después siempre me decían buenas noches señor Amador. Una noche pasé y murmuré de paso las buenas noches. Una de las mujeres contestó: buenas noches señor Cumplidor. Las otras se rieron. A mí me dieron ganas también de reírme pero en lugar de eso aceleré el paso. Las noches siguientes ya no pasaba yo del lado de las mujeres de las mecedoras y caminaba por la acera del lado opuesto. Me dije a mí mismo que eso no me iba a molestar pero en el camino, esa noche, llegué a la agobiante conclusión de que el mundo estaba mal hecho.

XI

No todo tiene su precio pero sí todo tiene su costo. Sin embargo a mí no me importaba. Sabía que algunos pensarían que me había vuelto loco o que me estaba volviendo tonto y una mujer joven se estaba aprovechando de mí.

Lo único que realmente me importaba era de qué manera iba yo a decirle a Armenia sobre la otra mujer. Mientras despachaba en la tienda me sentía un miserable. Ya llevaba yo una semana de salir todas las noches a las ocho en punto y regresar a eso

de la medianoche. Sin embargo, ella no me preguntaba nada. Hubiera sido más fácil, y ahora lo veía con toda claridad, que yo hubiese podido visitar a Flora de vez en cuando y no todos las noches. Eso me ponía en una situación incómoda en general y en particular con Armenia. Me daba cuenta que mis hijos sabían pero no se iban a atrever a preguntar o a comentar algo. Pensé que si Armenia no me decía nada, lo más cómodo sería que yo tampoco le hiciese ningún comentario. Pero, a la vez, esa situación me incomodaba. Cuando estaba con Armenia me daba cuenta que me miraba de manera diferente pero no me atrevía a preguntarle nada. Ella tampoco. Uno de esos días cuando me levantaba del desayuno, me dijo:

— Nada más te estorbo.

Sentí una gran ternura por ella. Le besé la mano. Pensé en salir pronto de la habitación pero como vi que ella no dijo nada más. Le pregunté:

— ¿Quieres saber?

— No. Sólo te digo que esto no va a durar mucho y me debes creer.

Eso dije y ella me miró un momento y volteó la cabeza hacia un lado. Yo me acerqué a ella pero levantó la palma de la mano y dijo: — No.

XII

En realidad yo vivía atormentado no por la culpa sino por el hecho de hacer sufrir a Armenia en los últimos tiempos de su vida. Como si el sufrimiento físico y la inminencia de la muerte no fueran suficientes. Pero, al mismo tiempo, tenía la indefinible sensación de que, de alguna manera, ella aceptaba esta situación. Antes siempre me decía: — Tú nada más trabajas y no te distraes en nada. Ten amigos, sal a comer con ellos. Todo lo que ganas no te va a servir nunca de nada.

Creo que toda la vida tuvo compasión o ternura por mí. Sabía que siempre la había querido y acompañado. Pero también me corroía el alma pensar que Flora pronto se iría. Y tampoco quería yo preguntarle la fecha. Sabía que algún día, quizá pronto, me diría:

— Ya necesito el dinero que me prometiste para el viaje.

Y yo preguntaría la fecha fatal. Por alguna razón, Flora no me pedía el dinero ni yo le preguntaba; pero esa noche que hablé con Flora ella dijo:

— Voy a posponer el viaje hasta reunir un poco más de dinero.

Me quedé callado. Debí haberle dicho que me alegraba mucho. Debí haberle preguntado hasta cuándo. No dije nada. No le pregunté cuánto dinero necesitaba. No le pregunté cuánto dinero ya tenía. —Necesito un poco de dinero —dijo— para comprarme tela para hacerme unos vestidos y también para comprarme ropa interior y zapatos. Quiero también comprar un perfume.

Era la primera vez que me pedía dinero.

— Mañana te lo daré —contesté.

— Quiero hacerme un vestido rojo, apretado, abierto a los lados, como los que usan las mujeres en el burdel. Me voy a poner también unos zapatos rojos. Quiero usar un nuevo perfume y también tener unos nuevos discos para el gramófono. El color negro me gusta pero no es para tanto.

Me daba gusto escucharla. Me gustaba que se vistiera de la manera que me estaba describiendo.

— Y hazte también un vestido de satín de seda, negro, sin tirantes, abierto al frente —le dije.

— ¿Si te gustarían todos estos vestidos, eh?

— Sí.

— ¿Por qué?

— No sé.

— Yo sí sé. Porque me vería como una puta de cabaret. Y eso es lo que tú quieres que yo me vea como puta.

— No te quiero ofender.

— No me ofendes, así es como yo me quiero ver.

XIII

Todas las noches visité puntualmente a Flora. La encontraba vestida con los vestidos rojos o negros, entallados, abiertos a los lados o al frente y puestos los zapatos de tacón

altísimo. Apenas llegaba ponía el gramófono. No muy alto porque no quería escándalo. Quería bailar un par de piezas y escuchar un par de boleros y de tangos. En ocasiones tomábamos una copa de jerez o de anís pero la mayoría de las veces simplemente bailábamos. Echaba la cabeza para atrás, con el cabello esponjado colgando, para que le oliera el perfume del cuello. Me di cuenta que se excitaba mucho cuando le olía el perfume en el cuello, en la nuca y en el pecho. El cabello también se lo perfumaba y también se perfumaba el vientre y el suave vello rizado del pubis. Me dijo que hubiese querido ir a muchos bailes pero que no había tenido mucha oportunidad en la vida de bailar y que ahora era su oportunidad y que no la iba a desaprovechar. Me dijo que cuando bailaba conmigo a veces imaginaba que era una mujer joven, soltera, bailando con su novio en una fiesta elegante, o una señora de modales finos deslizándose sobre la pista con suavidad. Otras veces imaginaba que bailaba con un cliente en un cabaret o burdel. Era algo que a ella le gustaba pensar mientras bailaba.

Me contó que había nacido en el puerto de Veracruz. Sus padres acababan de llegar del Líbano. Ella por poco nace en el barco. Recordaba su infancia en el puerto. Sus padres estaban muy ocupados vendiendo telas como podían. Primero como buhoneros vendiendo en las calles. Después pusieron una pequeña tienda sobre la calle de Mario Molina, a un lado de Independencia. Sus padres fueron muy buenos con ella y la querían mucho. Allí fue a la primaria y a la secundaria y aprendió corte y confección. Tuvo otras dos hermanas. Como ella era la mayor sabía que se tendría que casar pronto y dejar de ser una carga para la familia. Cuando cumplió diecisiete años le trajeron un libanés joven recién llegado. Tenía veintiún años y le pareció muy guapo. Apenas sabía leer y escribir. Ella le enseñó a hacer cuentas y a hablar mejor el castellano. El muchacho era muy trabajador. Le dijo que era de un pueblo de las montañas del Líbano. Al principio le gustaba mucho pero después se dio cuenta que era un poco aburrido y no sabía bailar. Ella le enseñó algunos pasos de baile. Le compró un traje beige de lino y una corbata guinda. Le gustaba que la vieran caminando con su novio en el malecón y en el parque Zamora.

A los dieciochos años se casaron. El padre le dijo al novio:

— Te doy una dote pequeña pero te doy conocimientos para que trabajes de comerciante. Lo mejor es que comercies en la ruta de cabotaje del golfo y también que vendas y compres en los pueblos de la ribera del Papaloapan y del Usumacinta.

— Empezamos a viajar en los barcos de cabotaje del Golfo de México pero él se dio cuenta, como si supiera que así iba a terminar su vida, que era una ruta peligrosa y que tal vez lo mejor sería comerciar en los pueblos de la ribera del Usumacinta. Allí no nos fue mal. Había mucha necesidad de comerciantes entre los diversos pueblos. Los barcos que cargaban en Santa María de la Victoria se interesaban mucho en el comercio del cacao, del café y del chicle. Los barcos traían cerveza, vino, aceitunas. El se fue ganando la confianza de las personas importantes de la ribera del río y así fue como aprendió muchas cosas de los barcos. Se interesó por poner un varadero en Santa María de la Victoria para calafatear barcos de madera. Ese negocio le permitía seguir viajando por la ribera del río y además ganar con un trabajo fijo. El calafateo requiere pocos operarios, saber usar bien la brea, la cola y la estopa y además es un trabajo que los barcos requieren constantemente.

Pero con todo eso pasaron los años. Más de diez años viajó el marido comerciando en la ribera y ese septiembre ella iba a cumplir treinta y cuatro años.

Una vez se embarazó y el hijo se le malogró a los tres meses. Nunca se había vuelto a embarazar. Después me confesó que una de las razones por la que había aceptado mis visitas era que ella pensaba que nunca se iba a volver a casar. Cuando regresara a Veracruz probablemente tendría que vivir con los padres y ya no podría tener hombre o marido allá. Ella sabía que la única oportunidad de tener un hombre en donde nadie la conociera era aquí. Ella siempre quiso tener un amante o marido para estar con ella en la cama durante horas. Era algo muy importante para ella. Por lo menos una vez en la vida quería tener eso.

Pensé que era un arreglo cómodo: a ella nadie la conocía y a mí todo el mundo me conocía. Me di cuenta que varias cosas se habían conjuntado en su vida, desde antes que yo la conociera, para que ella me hubiese aceptado. Lo que yo no sabía que es lo que me había pasado a mí para que yo la conociera.

— ¿Por qué dices que no te vas a casar de nuevo?

— Porque creo que la mayoría de los hombres quieren mujeres ricas y jóvenes. También porque no puedo tener hijos.

Me quedé callado. Quería preguntarle si cuando yo enviudara ella se casaría conmigo. No dije nada. Le pregunté si pondría una tienda de telas o de zapatos o un burdel en Veracruz. Contestó:

— Esas son cosas que no son de tu concupiscencia.

Me dijo que su marido había muerto en un viaje en barco hacía poco tiempo. Llevaba todo el dinero que habían ahorrado. Lo iba a depositar en el banco en la Ciudad de México y con ese dinero iban a abrir una tienda de telas. El pailebot donde viajaba se encontró bruscamente con una tormenta. El barco no se pudo poner al socaire y los vientos lo estrellaron contra la sierra de San Martín. Nadie se salvó. Algunos restos del barco aparecieron en las playas cercanas en los días siguientes. El marido había estado comerciando, con toda clase de cosas, en los pueblos ribereños del Usumacinta y del Grijalva y había arribado a Santa María de la Victoria porque le habían ofrecido un trabajo para calafatear varios barcos. Había recibido buena paga por su trabajo de calafatero y se embarcó con el dinero y fue cuando le pasó la desgracia. Me dijo que el marido y ella siempre vieron ese lugar como un punto de paso para conseguir dinero para irse a vivir al puerto de Veracruz o a la Ciudad de México. Esos años vivieron con muchas privaciones pensando que pronto las cosas iban a mejorar. El marido la había llevado en una única ocasión a un baile. Pero ella quería conocer el mundo y ver otras ciudades. Se quejó conmigo que al marido lo único que le interesaba era el dinero. Ella sentía que después de las primeras semanas del matrimonio el hombre dejó de interesarse realmente en ella. Ella siempre tenía deseos y se sentía mojada pero él cada vez menos se interesaba en acostarse con ella.

Pensaba que tal vez era algo anormal estar siempre tan sexualmente excitada. A él le gustaba verla vestida pero nunca se dio cuenta que a ella le gustaban los detalles de la ropa y los zapatos. Así que cuando aparecí yo con el regalo de la pañoleta pensó que tal vez por una vez en la vida podría tener a alguien que le diese alguna de las cosas que siempre había querido tener como la ropa interior de seda, los vestidos apretados y entallados, los zapatos de tacón alto, los perfumes. También el gramófono. Eran cosas que siempre había querido tener y que yo la iba a dejar surtida. Además ya se estaba

desesperando al pensar que nunca iba a reunir el suficiente dinero para salir de Santa María de la Victoria. Acaso pensó que tal vez yo, aunque no tan joven, podría consolarla de ese húmedo fuego inconsumible.

XIV

Flora había despertado en mí sentimientos y pensamientos que nunca antes había experimentado. A veces pensaba, detrás del mostrador, que lo que yo sentía sin duda lo habían sentido muchas personas, hombres y mujeres a lo largo de la historia. Eran en realidad sentimientos cotidianos. ¿Y qué era eso que yo sentía? ¿Qué era en realidad la pasión? Y en ocasiones me preguntaba si en realidad yo sentía eso que se llama pasión. Sabía que la iría a visitar todas las noches mientras ella permaneciera en Santa María de la Victoria. Sabía que ella me iba a esperar, deseosa, vestida con los distintos vestidos y zapatos que yo le había comprado. Sabía que la iba a disfrutar esas noches. No sabía realmente como agradecer ese regalo que Dios o el azar me habían deparado.

Nunca tuve sentimientos negativos contra Flora. Nunca sentí enojo o resentimiento porque algún día me dejase. Pensé que eso era lo que habíamos pactado. Ella tampoco mostró nunca enojo o molestia contra mí. En especial me dijo que ella no se sentía mal consigo misma por estar conmigo. No sentía que se estuviera vendiendo. Me agradecía, a veces, el sentido del humor. Y lo más extraño de todo nunca tuve celos con Flora. Sabía cual era el temperamento sexual de Flora. Sabía que ella siempre estaba con el calor en la entrepierna. Y ese calor a veces la agobiaba. Y sin embargo no pensaba yo que durante el día ella pudiera tener otro amante. No sentía celos. Me pregunto por qué. Me sentía seguro de mí y de ella. No tenía yo, al parecer, otra preocupación que la de ir a cumplirle a Flora. Y poco a poco me fui preocupando cada vez más por ese cumplimiento. Sabía que a Flora no la podía satisfacer completamente. Ni yo ni nadie. Ella siempre quería más y podía seguir pidiendo más mientras estuviera adentro de ella. Eso, en realidad, a mí me gustaba. Me daba un gran placer hacerla disfrutar tanto. Así que procuraba aguantar lo más que se podía. De hecho podía yo aguantar durante varias horas. Pero una vez que terminaba, sabía yo que no iba a poder renovar el cumplido hasta el día

siguiente. Ella siempre se mostraba muy contenta al final de todo pero yo a veces me fastidiaba porque quería estar más tiempo con ella.

Fui a ver al médico. Le expuse el problema. Me examinó los pulmones y el corazón y me tomó la presión arterial. Me pesó. Me dijo que realmente gozaba de una excelente salud y pronosticó que seguramente podía yo seguir dando cabal cumplimiento. Me dijo que la única cosa que me podía recomendar era que tomara yohimbina. Que esta sustancia la tomara con mucho cuidado porque podía subir de repente la presión arterial y tener algún problema serio. Me recomendó que no tomara la que le dan a los caballos y que la encargara a algunos de los marineros de los barcos alemanes o norteamericanos. Eso me dijo. No me dio receta. Tal vez funcione —dijo cuando salí y me palmeó la espalda. Yohimbina podía yo conseguir a puños.

XV

En realidad mi temor era no poder cumplirle a Flora. A veces retrasaba la ejecución lo más que se podía. La retrasaba jugando con ella y hablando de las fantasías sexuales que tanto le interesaban. Y a mí. Pensaba que así podía yo darle más satisfacción. Cuando lo hacía así la encontraba mojada por la parte de adentro de los muslos casi hasta la rodilla. Pero después quizás hasta era más difícil satisfacerla porque la excitación le duraba más. Un día llegué y encontré que había subido el colchón de la cama con unas tablas que había puesto debajo y había puesto un espejo largo en la habitación para poder vernos. Decidí primero tomar yo la yohimbina y después la tomaríamos juntos. El primer día que la tomé no pasó gran cosa excepto que sentí el corazón un poco agitado. Duré lo mismo que siempre. La siguiente vez la tomé después del primer round. No resultó gran cosa. No levantaba vuelo. Un día la tomamos juntos. No pude realmente saber si ella se excitó un poco más de lo usual. Probablemente sí porque yo no duré tanto. A mí me preocupaba que me agitara bastante el corazón y dejé de tomarla y se la di sólo a ella. De todas maneras no necesitábamos afrodisíacos y lo más seguro es que ya lo teníamos en la sangre. Flora no necesitaba mucho para caer en un estado que no sé definir. Cerraba los ojos, abría la boca, acezaba, un sudor leve le bañaba la cara, emitía sonidos de todo tipo, movía la cabeza hacia los lados, a veces las

lágrimas se le salían. En ese momento, sin embargo, estaba muy sensible a mi voz. Le podía decir yo muchas cosas. Ella rara vez hablaba durante ese tiempo, pero a veces me decía: cójete fuerte a tu puta. Lo murmuraba y me decía otras frases que no entendía muy bien. Luego venía el orgasmo. Gritaba y apretaba las sábanas con las manos. Después volvía a caer en ese trance que le podía durar varias horas. Ella decía que se dejaba caer completamente en ese estado en que hay un sentimiento absoluto de no ser uno mismo y que realmente esa era la sensación que ella buscaba con el sexo. Que esa sensación era, tal vez, más placentera que el propio orgasmo. Me dijo que le gustaría que pudiera yo aguantar más. Me dijo que debería yo mantener los ojos cerrados y concentrarme sólo en la sensación de su cuerpo, el olor que despedía y los sonidos que su boca emitía. Me debía olvidar del mundo y de todo y a la vez ser parte, por primera vez, de todo y de todos. Tendríamos un viaje, interminable, con los ojos cerrados, en ese estado de trance extático, por los mares procelosos del sexo y la pasión, sin ponernos al abrigo de los vientos terribles de la vida.

XVI

Fue en esos días que empecé a soñar. Los sueños se atropellaban. Me acostaba pensando: hoy voy a soñar. Pero no pensaba como en las pesadillas: voy a despertar porque este sueño me va a matar, sino que sentía que debía soñar y soñar. El sueño era un viaje en que no importaba el destino. Era un viaje en que lo que importaba era el mismo viaje.

Primero soñé que las manecillas del reloj daban vuelta para atrás. El segundero daba las vueltas de derecha a izquierda y poco a poco veía que el minuterero y el horario también giraban hacia atrás. Soñaba eso y cuando despertaba me admiraba que el reloj caminara hacia delante y no como en el sueño. Esto me dije es algo que los hombres y las mujeres han pensado y soñado siempre. ¿Por qué el tiempo no es reversible? Si el tiempo es de lo que estamos hechos por qué vivimos siempre en el puro presente. Un día no es un día sino es el único que vivimos. A veces pensaba que si había vivido un día pleno eso compensaba toda mi vida. Tenía la sensación apremiante y opresiva de que debía aprovechar el tiempo lo más posible. Sentía que lo único que tenía era el presente.

El pasado ya se había ido. No había manera de recuperarlo. Sentía que lo podía recuperar deformado, distorsionado, como si le hubiera sucedido a otro. El futuro no existía. Se iba convirtiendo con rapidez en presente y después se volvía pasado. Sentía que el tiempo se me iba para siempre y que también el tiempo se le iba a mi esposa y también a Flora. El tiempo de Flora y de mi mujer también era mi tiempo. Y mi tiempo era el tiempo de ellas.

Después soñé que entraba a una habitación como la sala de Flora. Una habitación con pocos muebles en la que había un gramófono. El gramófono ocupaba el centro de la pieza. Se encontraba allí como el objeto principal. Caminaba a su alrededor como si fuera a encontrar algo inusitado. Me dirigía al gramófono como si fuera a un altar. Sabía que el gramófono era un gramófono pero al mismo tiempo sabía que era algo más. En el sueño sentía que en el gramófono había algo esencial que no podía encontrar en ninguna parte. Estaba solo en la habitación. Sabía que lo que tenía que encontrar sólo lo podía hacer en una especie de inmensa soledad. Me daba cuenta que lo más importante que podía hacer en la vida lo tenía que hacer solo. Me acercaba al gramófono y ponía un disco de pasta. No veía el nombre del disco. Sabía que no era música de boleros ni de pasodobles o tangos que era la música de Flora. Ponía con delicadeza la aguja del gramófono sobre el disco de pasta de 45 revoluciones. Escuchaba una música fuera de este mundo. La música me embriagaba y me colmaba. Nunca me había sentido tan feliz. Me daba cuenta en el sueño que esa felicidad tan intensa, si es que se puede decir eso, no podía durar mucho. Sin embargo sabía que la oportunidad de haberla escuchado era algo que muy pocos habían tenido. Había estado en el cielo.

Soñé que andaba desnudo por la calle. A veces iba completamente desnudo y no me importaba. En ocasiones la gente me volteaba a ver y me daba algo de pena que me vieran y en otras simplemente caminaba desnudo, solo, en la noche, en las calles del pueblo. Otras veces nada más traigo puesta una camisa y estoy desnudo abajo y tal vez ando y ando sin saber por qué o para qué, solo, en esas calles de Dios. Ese sueño de ser un desnudo noctámbulo me incomodaba. Pasaba enfrente, desnudo, de las mujeres que tomaban el fresco y ya sabía que me iban a saludar diciéndome: adiós mi buen Amador, adiós señoras chismosas por qué no se consiguen ustedes también un amador que las pacifique, pero ya están ustedes más allá del bien y del mal. Del mal no. Del bien alejadas

igual que todos. Poco a poco me acostumbré a soñar que andaba desnudo por las calles del pueblo. Caminaba por el muelle y veía entre la neblina a los barcos atracados, caminaba por las calles de atrás sólo iluminado por la luna, caminaba por el parque y daba vueltas alrededor del quiosco, recorría las calles de Santa María de la Victoria y pensaba aquí vive fulana, aquí vive zutano. Vi casas que ya no existían. Vi los patios, las flores, los árboles, los nomeolvides, los galanes de noche con su perfume penetrante, vi la casa donde vivía mi mujer cuando éramos novios, vi una casa de madera doble que me traía muchos recuerdos, vi el anchuroso río, inmóvil y a la vez fluido, penetré en el mercado vacío en donde perduraban los olores de las panetelas. Volví a ver con momentánea felicidad las calles del pueblo. Pasé desnudo delante de la casa donde viví de adolescente y yo sabía que ya no existía.

Paseaba por la banqueta de la casa de Flora. Visitaba desnudo a Flora. Cuando abría la puerta en lugar de preguntarme por qué andaba desnudo, decía: ¿por qué tocas y no usas tu llave? Siempre estaba solo en esas correrías nocturnas en la que andaba desnudo. En las mañanas me levantaba incómodo. Me preguntaba: ¿Qué andaré haciendo desnudo, recorriendo las calles, de noche, como un fantasma? ¿No seré un fantasma? ¿No era yo un fantasma? Una noche soñé que un domingo en la tarde iba yo desnudo por el parque. Pensé que tendría vergüenza ya que los domingos hay muchas personas en la plaza. Recibí la sorpresa que todos estaban desnudos. Vi desnudos a los viejos, a los niños y niñas a hombres y mujeres adolescentes. A nadie le preocupaba que lo vieran desnudo. Nadie se tapaba con las manos. Quedé tranquilo de alguna manera de que todos estuvieran desnudos y tan contentos. En este pueblo había la leyenda de que un hombre desnudo recorría las calles de noche. Era la leyenda del desnudo. Nunca lo habían encontrado. ¿No sería, por ventura, que yo era el verdadero desnudo?

XVII

Todas las noches que la iba a visitar mientras caminaba por las calles, a veces polvosas, a veces llenas de charcos, siempre llena de viejas en sus mecedoras, me preguntaba si pronto me informaría sobre su partida. Pero llegaba y la encontraba siempre vestida, perfumada y con los ojos negros y ojerosos y de buen humor y pronto me olvidaba de

que algún día tendría que irse. Ponía el gramófono y escuchaba yo la música. Esos pasodobles, danzones y tangos los llevo grabados en la memoria. Esas músicas que la sangre hispánica ha producido en diferentes regiones del mundo tienen algo indefiniblemente común. Tal vez lo que comparten lo comparten en mi memoria.

Me gustaba sentarme frente a ella para poder observar sus piernas. Como traía los vestidos entallados y abiertos a los lados se sentaba de forma que pudiera verle también los muslos hasta el sitio donde la media terminaba. A veces se subía un poco el vestido para que yo pudiera verla un poco más. Siempre estaba a punto de decirle que no se fuera que se quedara. Lo más seguro era que pronto sería viudo y entonces podría casarme con ella y llevarla a la casa. No sé si ella esperaba que yo le dijera algo de eso, o si simplemente ella daba por hecho que nuestro trato original se mantendría. No sé por qué nunca le dije eso.

Tampoco me preguntaba por mi mujer ni por mis hijos, ni que problemas tenía yo para ir a ver. No le contaba yo como detestaba que las viejas que se sentaban en la puerta de las casas me vieran pasar. Al fin pensaba yo: viejas noveleras, ya se les va a pasar la novelería algún día.

Cuando había luna llena le gustaba salir al patio de la casa. Me pedía que la tuviera, de pie, a la luz de la luna, con el vestido puesto. Era muy difícil subirle el vestido tan apretado. Le dejaba el vestido puesto pero tenía que descorrer el cierre para que subiera. Me gustaba palpar con la yema de los dedos ese territorio limítrofe entre la media y el muslo.

El patio era bastante grande y de tierra. De un lado tenía un muro alto cubierto con la enredadera del cundeamor y del otro había un apretado cerco de palma. La parte de atrás daba a otro patio. Tenía unas olorosas rosas de Castilla pegadas al cerco de palma. También había un árbol de saúco que cuando florecía perfumaba el patio. Al fondo del patio había un árbol de marañón y hacia un muro se alineaban varias matas de galán hueledenoche. La primera noche que salí al patio me di cuenta que era un jardín perfumado. Conocía el maravilloso perfume del hueledenoche pero la combinación del perfume de las rosas, del saúco y del hueledenoche era delicioso y extraño. De niño siempre había soñado con los jardines perfumados del medio oriente.

Y ahora tenía la oportunidad de vivir unos momentos en un jardín perfumado. Toda su casa y toda ella era un jardín perfumado.

— ¿Te has fijado que todas las plantas y árboles que tengo tienen olor?

La vida la había dotado de unos sentidos exacerbados. Yo también tenía los sentidos a flor de piel pero no lo había sabido hasta que la conocí.

XVIII

— Tú eres una mujer única. No creo que exista una mujer como tú.

— Te equivocas. Hay algunas mujeres como yo. No sé cuántas. Sólo que los hombres no las saben encontrar. Mi marido nunca supo cómo era yo sexualmente. El intuía que era más ardiente que otras. No había tenido mucha experiencia con mujeres. Tú tampoco. Y sin embargo tú te diste cuenta.

— Pienso que sí y eso me hace sentir muy afortunado.

— Aunque no lo creas tú me has hecho sentir así. Yo tampoco sabía que así era yo. Si me dices que grite eso me hace sentir viva. Si me dices que me venga eso me hace venirme. He decidido sentir todo lo que yo quiera y también que tú sientas todo lo que quieras. No me siento incómoda de decírtelo. No me siento mal que me digas todo lo que quieras. Es más quiero que me lo digas y me lo hagas.

— Tal vez la mayoría de los hombres no puedan con una mujer como tú. Se pueden volver locos de celos y la quieran encerrar donde nadie la pueda ver ni mucho menos oler. Quizás les dé miedo saber cómo siente la mujer y se quieran retirar. Saben que nunca la van a poder satisfacer.

— Es verdad lo de que nunca la van a poder satisfacer.

— En realidad eso es lo que a mí me interesa. Que nunca te pueda satisfacer por completo. Mi único problema que siento contigo es que no pueda cumplir. Por eso me interesé en la yohimbina. Entonces eso es lo que siento. No tengo celos ni ganas de encerrarte ni tampoco de retirarme o de llevarte a un burdel sino simplemente deseo en el alma de poder cumplirte y miedo de no hacerlo.

— En realidad la vida así es. Por eso me gustaste desde el primer momento. Cuando me dijiste que me deseabas tanto yo no lo creí. Pero estaba deseando creerlo. También

me ha gustado mucho que no me celes ni me vigiles. Creo que eres un hombre bueno. Yo también soy una mujer buena y lo que quiero es que te sientas bien conmigo como yo me siento contigo.

— Me pregunto por qué me aceptaste de amante.

— Algún día te lo diré.

— Dímelo ahora.

— Te lo diré pero creo que ya lo sabes. Aunque algún día te diré un poco más.

— Realmente no sé de qué hablas.

— Nunca hemos hablado de amor. Ni tú ni yo conocemos bien esa palabra que ya ni los poetas usan. Nada más la usamos porque no hay otra. Después la creemos cierta y verdadera.

— Tal vez es sólo el deseo.

— Existe también algo más. Algo que la mayoría de los hombres no está dispuesto a reconocer. Sin embargo creo que algunas mujeres si están dispuestas a hacerlo. Esto aunque suene extraño creo que es verdad.

— No sé qué es. Ya ves como no te conozco bien.

— Eso es debido a que no conoces bien a las mujeres.

— ¿Qué es?

— El deseo de gozar.

XIX

Un domingo de principios de septiembre, como a las nueve de la mañana, recibí una carta. Me la entregó la mujer que me había dado, por primera vez, la dirección de Flora. La mujer me buscó los ojos y me entregó la carta.

— Es de ella, dijo.

Tomé la carta y me la guardé en una bolsa de la guayabera. Tenía muchos clientes y no la podía abrir delante de todos. Sin embargo sabía que esas letras contenían algo importante para mí. Nunca antes me había escrito. Sabía también que tenía que leerla antes de ir a verla en la noche. Me puse de mal humor. En un momento que el trabajo disminuyó me puse abajo de una bombilla. Había llovido en esos días y los escarabajos

volaban alrededor del bombillo de sesenta watts. Abrí la carta con un temblor interno. La carta estaba escrita en una hoja de cuaderno rayado. La letra era tipo Palmer, grande y bien dibujada.

Querido Amador:

Por primera vez te escribo. Lo hago porque lo que quiero decirte no te lo podré decir nunca de frente. Hoy domingo, a las seis de la tarde, parto en el pailebot para Veracruz. Como hemos convenido, y sé que lo cumplirás, cumplidor como eres, no me podrás visitar allá ni en ningún otro lugar. No me podrás preguntar mi nueva dirección ni me podrás escribir. Aunque no lo creas, me voy triste. Sé que me vas a extrañar y yo te voy a extrañar aún más. Quiero que vayas al muelle, a las cinco de la tarde, a despedirte de mí.

Ahora te voy a hacer una confesión. Algo que quizás imaginaste y quizás no. Así son las cosas. Siempre hay algo entre los hombres y las mujeres que no se sabe. Cuando te conocí y te impuse muchas condiciones pensé que no podrías cumplirlas jamás. Era una manera de saber si realmente me deseabas como me dijiste de forma tan franca. Yo quería que un hombre me deseara de esa manera. Sobre todo no pensé que me pudieses visitar todas las noches. También pensé que al pedirte dinero para el viaje tú pensarías que mi interés por ti era puramente de dinero. Tuve la sensación de que eso haría que te retiraras y vieras en mí una mujer que se aprovecha de un hombre ya entrado en años. Como vi que aceptabas todas las condiciones económicas y que hacías un enorme esfuerzo por visitarme noche a noche, sentí que realmente tenías un deseo por mí como el que yo había querido tener toda mi vida. Después cuando me acosté contigo supe que ese hombre que había yo imaginado, alguna vez, podías ser tú. Creo que muchas mujeres no se han sentido nunca verdaderamente deseadas. Yo tampoco me había sentido. Cuando me dijiste que me deseabas me di cuenta que esas palabras las había yo querido escuchar toda mi vida. Así que decidí estar contigo un tiempo de unas pocas semanas. Y cada vez alargaba yo más ese tiempo para estar contigo. No sé si te diste cuenta de eso. Lo más seguro es que no. Sé que has vivido con la mortificación de que un día te dijera: me voy, adiós. Nunca supiste cuánto tiempo iba yo a estar contigo. Aunque parezca extraño yo tampoco lo supe.

Esa es una confesión. La otra es que nunca he necesitado el dinero para viajar a Veracruz. El día que me visitaste por primera vez ya tenía todo preparado para partir en

una semana; por eso no tenía ya nada de adornos ni cuadros en la sala de la casa. Pensaste que vivía en la miseria. Te mentí cuando te dije que con la muerte de mi marido había yo perdido todo mi dinero. Perdí algo porque él llevaba parte del dinero cuando ocurrió el naufragio; pero desde el primer día que te conocí tenía lo suficiente para viajar y poner algún negocio en otra ciudad. Ahora te quiero decir que no me quedé contigo por lo que ofreciste, sino simplemente porque quería estar contigo y verificar lo cumplidor. No te escribo esta carta para que me mandes cheques o pagarés. Es el único pacto que hemos hecho que no quiero que cumplas. La tercera confesión es que desde el principio supe que tu mujer estaba muy enferma y que sufrías mucho por ella. Sabía que ir a verme te implicaba un gran sacrificio moral, por decirlo así. Eso me daba pena y, por qué no decirlo, algo de ternura. También me di cuenta que querías ofrecerme matrimonio una vez que enviudaras. Nunca me lo dijiste. Tampoco yo dije nada. Pero eso los dos lo sabíamos. Acuérdate siempre de tu puta. Siempre estarás en mí.

Posdata. Siempre supe cómo te molestaban las mujeres de las mecedoras.

No firmaba la carta.

XX

El amor todo lo compone y todo lo descompone. La fui a despedir al muelle. La tarde era nublada y gris. Llevaba un vestido blanco de organza. No era ninguno de los vestidos que yo le había regalado. Nos paramos frente a frente por una hora. Nos vimos a los ojos. Nos sonreímos. No dijimos nada. Entró al pailebot con paso firme. Después se acomodó en la popa. Yo la veía desde lejos; un poco apartado de la multitud. En una caja grande de cartón grueso, anudada con lías de henequén, llevaba el gramófono. Yo sabía que lo trataba con mucho cuidado. Había mucha gente en el muelle; sobre todo cerca del barco. Sin embargo, sabía que ella me veía tan bien como yo la veía a ella. Me dijo adiós con un pañuelo blanco cuando el barco soltó los cabos. Yo sólo me toqué el sombrero de Panamá ligeramente y así le dije adiós. Sabía que nunca más la vería. Cuando el barco desapareció de la vista caminé lentamente a la casa. Armenia se había pintado los labios y se había puesto colorete en las mejillas en un inútil intento que no le notara la palidez. Me dijo que había hecho algo para cenar y que había puesto la mesa

con vino. Nos sentamos a cenar. Noté que me veía con una mezcla de ternura y pena. No voy a durar mucho, dijo. Después de un tiempo, contesté: creo que yo tampoco. Más que yo, sí, —dijo y se sonrió—. No vas a tener quien te atienda. Le tomé la mano y se la apreté. Después me levanté y la besé en la cabeza. Salí de la casa sin decirle nada. Acaso ya se había acostumbrado. Caminé lentamente hasta la plaza. Era domingo y había muchas personas en el centro de la plaza y en las calzadas. Me senté enfrente del quiosco y cerca de la marimba-orquesta. No sabía bien definir lo que sentía.

La orquesta empezó a tocar unos pasodobles. A pesar del insolente fragor de la música sentí un gran cansancio. Tantas visitas y noches exaltadas me habían fatigado. Tanto estrépito de la música y sin embargo me dormité unos minutos. Desperté cuando sentí unas gotas de lluvia en la cara. Decidí que era tiempo de irme a casa. Caminé despacio, mojándome y disfrutando la lluvia. Demasiado ruido y desorden hay en este mundo.

Encontré a Armenia sentada en el sofá de mimbre, frente al espejo. Nos miramos a los ojos. No dije nada y le besé tenuemente los labios. Te mojaste, dijo. Mira que arrugado tienes el saco de lino. Estoy muy cansado, le dije. Yo también, dijo ella. Nos fuimos al cuarto. En la oscuridad, cuando ya estábamos acostados, dijo:

— Ya se fue ¿verdad?

No contesté. Después me di cuenta que era la primera vez, en muchos meses, que llegaba temprano a mi casa.

Vena de loca

Libre de la metáfora y del mito

J.L. Borges

(Spinoza)

Querido Amador: en mi familia todos tienen vena de loco y yo también; creo que por eso fue que me enamoré de ti; ocurrió en un instante y casi no me di cuenta; simplemente pasó porque dijiste con una franqueza desarmante que me deseabas; eso nunca pensé que me pasaría a mí, y menos, que yo sintiera también el deseo al escuchar esas palabras; te miré y sentí que eras un ser frágil y sincero; mientras tanto me dediqué a soñar; sueños eróticos con los ojos abiertos y cerrados; la sensación perenne de estar mojada e hinchada; la contracción de los músculos del bajo vientre cuando menos lo esperaba; el deseo de perfumarme y vestirme y, después, de bailar para ti; esto las mujeres no lo confiesan y, no obstante, es la parte más intensa y delicada del enamoramiento; cuando me regalaste la pañoleta y me mandaste el fonógrafo comprendí lo mucho que me deseabas y me di cuenta que nadie me había deseado con esa intensidad, acaso lo que las mujeres y los hombres más desean es ser deseados, tal vez más que queridos; después, cuando nos encontramos frente a frente, desnudos, comprendí que el deseo se puede ver en los ojos; ¿qué le puede dar una mujer a un hombre?, la eternidad del instante y esa es la oferta de Calipso a Odiseo; le ofrece lo que nunca ha ofrecido el diablo: la inmortalidad; uno de los grandes enigmas es el que Ulises haya desdeñado ese desmesurado y casi inverosímil envite; Odiseo se pasaba las tardes llorando y tristeando a la orilla de la isla Ogigia, pero en las noches regresaba al cuerpo blando, perfumado y palpitante de la diosa Calipso, ¿por qué regresaba?; acaso porque se daba cuenta de que Calipso lo deseaba; los hombres son extraños, pero no conozco a

nadie que haya explicado el comportamiento de Ulises y su incomprensible negativa; tal vez se sentía prisionero; muchos hombres y mujeres se sienten prisioneros en las relaciones amorosas y esa sensación se va haciendo cada vez más intolerable hasta que algo se rompe; me pregunto si yo misma no he caído víctima de este sentimiento en mi relación contigo; estaba segura que hubieras seguido conmigo para siempre y que eso me hubiera dado seguridad y sin embargo decidí partir; todavía no comprendo bien lo que hice porque me fui en el momento en que más te deseaba; lo opuesto a este sentimiento es más común; algunas mujeres sufren terriblemente sólo de pensar que algún día habrá una separación, sea por cansancio, sea por aburrimiento o desamor o acaso sólo por miedo a la soledad; las mujeres de la antigüedad que fueron abandonadas y que más han sufrido fueron Calipso y Dido, Calipso reprocha a los dioses la envidia, la envidia de que ella goce, Dido no puede soportar la separación; sólo la maga Circe sabía que algún día tendría otros hombres y que la esencia de la vida era el deseo, tanto para los hombres como para las mujeres; ahora te escribo porque voy a regresar a verte; tengo que arreglar unos pendientes y quiero verte, ahora que eres viudo, y saber si todavía me deseas como antes y si realmente quieres encontrarme como cuando nos encontramos por vez primera; tengo un juego de adivinanzas para ti; una serie de perfumes que me pondré en la oscuridad; te taparé los ojos con una pañoleta y me untaré el perfume en el cuello, las axilas, las muñecas, la nuca y pechos; te inclinarás hacia mí como un perro olfateante, tú que nunca has podido adivinar ningún perfume, tú el de la anosmia y atrofia olfativa, y me dirás el nombre del perfume; te dejaré oler en una sola ocasión previa el aroma mezclado con mi sudor y mi almizcle y ambrosía y me dirás si es el filtro que Circe dio a los marineros aqueos y los convirtió en cerdos o si es el aroma con el que la diosa Calipso atraía hasta su cueva encantada al astuto y vencido Ulises en aquellas noches oscuras y silenciosas en las que sólo el tacto y el olfato soñaban.

Una historia finita del infinito

Se es feliz en Australia, siempre que allí no se vaya.

F. Pessoa

(Poesía completa de Álvaro de Campos)

I

Alas seis de la tarde llegué al muelle a esperar la goleta La Paloma. Era un claro día de octubre y, en la otra banda del río, el sol se inclinaba, oblicuo, rojo, hacia las nubes. Hacia la izquierda vi los portales de la vieja aduana del puerto que había sido construida en la época de Benito Juárez; a la derecha las grises bodegas del puerto, en la otra banda del río miré la desolada manigüa. Giré la vista en dirección a la bocana y pensé que el barco llegaría pronto y que lo vería al dar la vuelta en el vasto recodo del río, entre la margen derecha y la Isla del Buey a la izquierda y después vería la proa enfilándose hacia el puerto, hacia mí. La tarde era suave y una brisa fresca y húmeda soplaba desde el mar y yo la sentía en la cara, en las manos y en el pecho. A lo lejos, tal vez de la capitanía del puerto, un fonógrafo desgajaba las notas de un bolero cantado por Pedro Vargas, *Hoja Seca*. Me acordé de mi desesperada huida por el río en el barquito que bauticé Aburrido me voy. Todos los viajes son para algún lugar, pero este viaje fue hacia la nada. Quería yo escribir sobre un poeta de esta ciudad y muy poco logré. Era una espera, nada más, del gran y último viaje.

En el muelle había unas cuantas personas que esperaban al barco y conversaban entre ellas. Una mujer y su hija, joven y buena moza, me señalaron discretamente y dijeron ahí está el viudo Amador, quién sabe a quien estará esperando. Más allá estaban unos niños jugando el aro y otros con unos yoyos. Unas parejas con niños y hombres jóvenes solos también estaban en el muelle. Estaban también mozos con carretillas, un hombre a caballo y unos estibadores. Todos me conocían.

Caminé un poco hacia el otro extremo del muelle, para apartarme de la gente, y pensé en Flora. Pensé en la carta que me había enviado desde Veracruz y en la que me avisaba

que regresaba para arreglar unos asuntos y que quería que yo la esperase en el muelle; sabía que todos me verían al recibirla, no la veía desde hacía por lo menos un año, poco antes que mi esposa falleciera y ella se fuera a Veracruz para rehacer su vida, como ella dijo, a pesar de que sabía que yo me casaría con ella cuando enviudara; pensé en la vida que hubiera podido vivir con ella, pero no pensé en la vida cotidiana, yo trabajando en la tienda de la siete de la mañana a las nueve de la noche, despachando los mismos víveres en los mismos días y ella en la casa, cocinando y haciendo labores domésticas sino que las imágenes se atropellaban en mi mente; viajaba yo con Flora por diversos puertos de América y España, Cartagena de Indias, Veracruz, Sevilla, La Habana, Tampico, Cádiz, El puerto de Santa María, San Juan de Puerto Rico, Campeche, Barcelona, Santo Domingo, Curazao, Palma de Mallorca, Buenos Aires, Montevideo, Valparaíso; lugares en los que veríamos la caída de la tarde sobre el mar y los barcos deslizarse suavemente sobre las aguas y desaparecer con el sol, malecones en que yo la tomaba de la cintura y la miraba a la cara y sentía sus ojos oscuros en mis ojos como candelas que iluminan la oscuridad; sitios en los que entrábamos a hoteles pintados de blanco con habitaciones con aspas en el techo que hacían un ruido suave y que apenas refrescaban y con camareros que hablaban un español comido de las eses, camas suaves e inmensas donde yacíamos desnudos, cansados, sudorosos, y donde no existía nada salvo nosotros dos, y en cualquier momento podíamos de nuevo acercarnos y penetrarnos con furia o con dulce suavidad y donde luchábamos para detener el tiempo y encontrar un presente irremplazable; parajes soñados, imaginados, más reales que si los hubiese yo visitado; todos esos lugares los había yo señalado, de niño, en un mapamundi, los había marcado con un lápiz rojo mientras pensaba, algún día viajaré por esos puntos que he marcado en el mapa y viajaré y viajaré por los mares nuestros, el Mediterráneo, el Golfo de México, el Caribe, los mares del Sur, el Atlántico, el Pacífico, hasta que encuentre verdaderamente lo que estoy buscando; hasta que encuentre eso que todos queremos encontrar, desembarcaré con los ojos abiertos y deslumbrados en los diversos muelles de las diversas ciudades, veré gente de colores distintos y conoceré plantas, frutas, alimentos y animales desconocidos, variados sabores y olores, veré las casas rojiazules y rosiblancas de Valparaíso y de Curazao, desde el cerro donde se enclava Valparaíso veré el inmenso mar con los ojos llenos de alegría y conoceré gente

que me enseñará a ver el mundo con ojos diferentes, conoceré mujeres sensuales que cimbran las firmes caderas al caminar, mujeres que cantan al hablar y hablan al cantar, mujeres que fuman grandes habanos en la caída de la tarde y que toman un ron ligeramente dulce con los labios rojos mojados por un instante con la lengua que vibra cuando se asoma al mundo, hablaré con los capitanes de los barcos que han hollado con sus plantas los muelles, las calles, los bares y hoteles de esas ciudades que la imaginación hace infinitas; tal vez me convierta en capitán, y viaje incansable; ahora iba por esas ciudades iluminadas de día y de noche mientras caminaba con Flora y se llenaban nuestros sentidos con colores, sabores, olores, sonidos, tactos, canciones, melodías, conversaciones, poemas, tangos, sones, notas de guitarra y saxofones, milongas, boleros, mambucos, bailes, vinos, licores exóticos, perfumes; presos de una felicidad inenarrable, sin pensar ni el pasado ni el futuro ni siquiera en la existencia del tiempo; y nuevamente veía en mi mente el mapamundi, extendido en el suelo y yo, acodado en el suelo, con el lápiz rojiazul detenido en el aire con la mano derecha y con los ojos ansiosos buscando en el mapa las ciudades que visitaría apenas fuese un hombre que pudiese viajar solo con una mochila en los hombros, Alejandría con sus ruinas abajo del agua y su pasado y su presente derruidos, Estambul con sus altos minaretes coronados con medias lunas reflejados en la bahía, Atenas la apolínea y deslumbrante al sol, Venecia en el invierno, una visión azuldorada de Turner, Florencia y su pasado mítico, Jerusalén la ciudad ocre y amurallada donde el pasado y el presente son uno, la mezquita de Córdoba y la Alhambra de Granada y en esos parajes tan transitados desde que el hombre es hombre, iba con Flora a comprar especias a los árabes en el mercado de Jerusalén, caminaba por el gran bazar de Estambul, me quitaba los zapatos para entrar a las inmensas mezquitas alfombradas, ponía una plegaria en el muro de los lamentos, me detenía en la plaza San Marcos, miraba los innumerables caballos alados que viajan y vuelan por el mundo y regresábamos a los hoteles para encontrarnos, desnudos, frente a frente, para mirarnos una última vez y nos tocábamos y besábamos y viajábamos más y más penetrados y unidos sobre la superficie de la pequeña esfera celeste que llamamos tierra.

Giré la cabeza y miré a la bocana; la goleta La Paloma se deslizaba, airosa, por el centro del río. Miré mi reloj eran casi las seis y treinta de la tarde. Era la hora de la penumbra, la hora del lobo; las luces de las bombonas se prendieron, la gente se acercó a donde iba a atracar la goleta, en la proa del barco vi a su capitán Tolomeo Gonzáles y Gonzáles vestido de blanco y con su quepí, los marineros gritaron y echaron los cabos; el barco ya estaba atracado; las personas del muelle alzaron los brazos para saludar a los que estaban en la cubierta; yo también trataba de ver a Flora, pero no la veía; olvidé decirle que trajera un vestido claro para que la reconociera; tal vez era una de las mujeres que traían sombrero; fue entonces que lo vi; al principio me pareció conocido; un joven de espaldas anchas y cabello castaño ondulado; estaba un poco ansioso y miraba, como yo, a los pasajeros que descendían de la goleta, vestía un traje de dril beige bastante arrugado y movía la cabeza hacia los lados; al principio en la penumbra del muelle no lo reconocí; me dije a mí mismo: no sé quién es, no lo reconozco y eso es extraño porque conozco a todos los jóvenes de este lugar; fue cuando me di cuenta que era yo mismo unos treinta años más joven; pensé que en un momento más me miraría y me diría alguna palabra tal vez matizada de asombro o acaso con desilusión; no puede ser, me dije, algo me está pasando y yo he estado soñando con cosas imposibles con las que todos los seres humanos sueñan a veces y ahora sigo soñando y me veo a mí mismo como si el tiempo no hubiera pasado o más bien como si el tiempo se hubiera detenido y entonces pensé soy yo quien debo hablarle y decirle que estoy aquí esperando a Flora quien ha venido en la goleta desde Veracruz para verme o acaso para verte; pensé en acercarme y tocarlo en el hombro y sonreírle con timidez, pero afablemente; algo, no obstante, me detenía en el umbral y además quería ver a Flora que en cualquier momento desembarcaría; los pasajeros se encontraban con sus familiares y amigos y los cargadores ponían en carretillas los equipajes y poco a poco el muelle se fue quedando desierto y sólo quedamos él y yo en el muelle en penumbra; nunca me dirigió la mirada; cuando ya no salió ningún pasajero levantó los brazos y se mesó los cabellos; después de un salto entró a la cubierta del barco; oí que habló con el capitán Tolomeo y le preguntó si Flora se había embarcado en Veracruz; la voz de Tolomeo retumbaba en la penumbra: no se embarcó la señora Flora en Veracruz y no canceló su boleto; no

sé qué pasó, ya vete a dormir Amador; después de un saltó salió de la goleta y dijo una maldición; pasó por mi lado a toda prisa, sin siquiera percatarse de mi presencia y yo no tuve arrestos para detenerlo y preguntarle qué hacía él allí a esas horas esperando a Flora; después quedé solo y mi alma en el muelle; los marineros bajaron del barco y finalmente salió el capitán Tolomeo; me miró y me dijo: ya te dije Amador que Flora no vino en La Paloma y es mejor que te vayas a tu casa; ya vendrá en otro viaje; ha venido en este viaje nuestro viejo condiscípulo Orobio de Castro que antes se llamó Gumersindo, no sé si te acuerdes de él; me voy a casa con Carmen, dijo, que me estará esperando, ella siempre espera a este pobre capitán de goleta de cabotaje; eso dijo Tolomeo y me palmeó la espalda; quedé solo en la oscuridad del muelle oyendo el suave ronroneo del río.

III

Salí de los muelles del puerto y caminé hacia el parque Quintín Aráuz, no sabía a dónde ir, pensé en tomar un taxi y visitar a mi primo Tesoro y tal vez tomar un ron con él, pero pensé que era muy tarde y él demasiado maniático y se extrañaría mucho de verme; había empezado a llover, una lluvia muy fina y refrescante; encontré la plaza casi desierta, unas cuantas personas se apresuraban a sus casas, las tiendas habían cerrado, sólo unos cuantos taxis se veían aparcados a lo lejos; caminé alrededor de la plaza debajo de los laureles de la India y me senté en un banco de fierro fundido; pensé, qué hubiera pasado si me hubiera ido de este lugar; si, como siempre quise, hubiera comprado un barco como lo hizo Tolomeo y hubiera viajado y vivido otra vida o quizá varias vidas; tal vez ese deseo de ser varias personas fue lo que enloqueció a Tolomeo y le hizo creer que podía vivir y encarnar a diversos personajes; acaso siempre hubiera yo vivido con la nostalgia de regresar a este pobre pueblo; ¿no sería la vida una larga espera, una espera para que algo cambiara? no viviría, no importa lo que escogiera, de todas maneras encerrado dentro de mí mismo sin ninguna posibilidad de salir; todas esas aventuras, imaginadas, soñadas, vividas *in mente*, esas acariciadas aventuras heroicas, amatorias, intelectuales, esas consumadas obras artísticas, no serían sino formas de creer que uno va a ser otro si sale de su pueblo y de uno mismo; no sería la

gran aventura de Ulises o de su homólogo Sinbad el Marino o del El Quijote, aventuras e ilusiones puramente imaginarias del autor, para engañarse a sí mismo de su pobre auténtica vida y de que ha vivido otras vidas y para engañar a los que leen esas aventuras, porque ellos también quieren vivir otras vidas; ¿no sería la fracasada espera a Flora la verdad de la vida? Habría que resignarse a trabajar en una tienda durante toda la vida y aceptar que se le hagan várices en las piernas hasta que llegue la hora de la verdad y uno meta el último sorbo de aire a los pulmones; ¿o no sería la verdad de la vida vivirla en forma imaginaria y soñarla como un loco? para qué vivir la vida que se espera de uno y no vivir la vida que uno espera; me levanté y me encaminé al restaurant La Terraza; caminé lentamente y me sentía como ebrio; la plaza lucía fantasmal con las bombonas eléctricas borrosas entre la lluvia, la imagen de mi mismo inclinado sobre el mapamundi, con el lápiz en la mano, me llenaba la mente, me vi a mí mismo en el muelle y comprendí que no había cambiado mucho, que uno en esencia no cambia; vi el edificio de mi tienda, a lo lejos, y pensé en ese lugar he pasado todos los días de mi vida, en ese lugar voy a morir; llegué al restaurant con la sensación de estar muy cansado; el lugar estaba casi desierto; un comensal sentado en la barra con una cerveza en la mano y con un viejo sombrero de Panamá; me senté en una mesa cerca de la entrada; nadie me atendía y yo tenía deseos de tomar un poco de *whiskey* o de ron, me abstuve de tocar el plato con la cuchara para que me atendieran, después no sé bien lo que pasó; creo que dormité un poco o tal vez me dormí un tiempo más largo del que pensé, cuando abrí los ojos vi a la mesera parada delante de mí, traía un extraño delantal color de rosa y en una mano una libreta y un lápiz y, en la otra, una veladora; la miré, tenía el rostro de mi madre; la volví a ver y comprobé que su rostro era el rostro perfecto de mi madre, me restregué los párpados y oí con una claridad fidelísima la voz lejana, casi perdida, de mi madre: ¿Qué deseas Amador? Deseo demasiado, contesté; algo de tomar, algo de comer; quiero mi mapamundi.

Amaste mujer con insistencia

Amémonos aquí. Tiempo es sólo un día.

F. Pessoa.

(Poesía completa de Álvaro de Campos)

I

Voy caminando por la calle de la ribera del río a visitar a doña Carmencita. Me siento contenta de sentir la brisa de la tarde, pero voy pensando en la tarea que me dejaron en la escuela de las monjas: un sin fin de lecturas y de cuentas. Le dije a mi abuela que no quería venir, pero ella insistió y me dijo que doña Carmencita lo iba a agradecer mucho. Voy sorteando los charcos y las grietas de las banquetas; el sol se está ocultando en la otra banda del río entre unas nubes rojizas; parece que más tarde va a llover; un barco pequeño se desliza suavemente en el medio del río; puedo oír el run run del motor; con la mano derecha sostengo la sombrilla floreada y con la izquierda un plato grande forrado de aluminio.

Llego a la casa; me detengo y miro. Veo una casa de un piso de color gris claro con paredes descascaradas y puertas y ventanas cerradas. Al frente de la casa hay un jardín pequeño que es casi un montazal, aquí todo se enmonta tan rápido. Hay una verja de hierro a la entrada de la casa; abro la reja y oigo un rechinado de espanto, como el que se oye en las películas de Drácula, me parece que no han abierto esa puerta en muchos años. Entro a una pequeña vereda con piso de ladrillo rojo gastado; a la izquierda hay un columpio un poco desvencijado; el columpio es amplio como para dos personas y está sostenido por unas cadenas a los lados; lo empujo con el pie derecho y oigo un retiñido. Me imagino que es un columpio en el que se sentaban los novios. Me dan ganas de sentarme en el columpio e imaginar que soy la novia de un hombre guapo sentada en el columpio con él; me toma por la cintura, me mira a los ojos, me sopla en el oído y después impulsa el columpio con los pies. Cierro la sombrilla y la pongo contra

la pared y toco la aldaba de la puerta. La aldaba también rechina. El sonido es fuerte y agudo. Espero un tiempo y vuelvo a tocar. Ahora toco dos veces. No oigo pasos adentro de la casa. Después de un tiempo se abre el postigo: una rendija apenas. Trato de ver quién abrió el postigo, pero por dentro está oscuro. Digo las palabras que me recomendó mi abuela que dijese: Doña Carmencita, soy María Pía, la nieta de doña Esther, mi abuela le manda un pastel de nata con pasas. El postigo se abre un poco más y veo a una mujer delgada con una pañoleta negra sobre la cabeza, anudada en el cuello. Los ojos negros relucen y están fijos en mí. Tiene una piel blanca muy pálida. Así que tú eres María Pía, eres una niña. No entiendo por qué me dice que soy una niña cuando es claro que lo soy. Tomo el pastel con las dos manos y se lo paso por el postigo abierto. Lo toma y me mira de nuevo. Te pareces a tu abuela con tu pelo rubio y lacio. ¿Cómo está tu abuela? Hace ya muchos años que no la veo. Está bien, le digo, quiere verla. Ya no recibo a nadie, contestó. De repente cierra el postigo, oigo que pasa el cerrojo y yo tomo la sombrilla floreada que me encargó mucho mi mamá. Después, oigo el rechinado de la puerta: doña Carmencita ha abierto la puerta. Trae un vestido de color gris con estampas de cuadros. El vestido está cerrado hasta el cuello y remata con un biés de encaje blanco en los puños y en el cuello; el vestido es de manga larga y le llega debajo de la rodilla. Pasa, me dice, tu abuela y yo somos como hermanas, hemos crecido juntas y siempre la recuerdo. Entro a la casa y al principio veo todo oscuro, después, poco a poco, logro distinguir al fondo de la sala un espejo oval muy grande y también un sofá de cuero negro y una mecedora de madera oscura. Un piano negro tipo espineta está en un rincón de la sala. Yo estudio piano, le digo y me da una gran alegría la música. A mí también me daba, pero hace tiempo que no toco nada, dice. ¿Quieres tocar algo para mí? Me pide. Abro la vieja espineta y toco algunos acordes; el piano está desafinado, pero mis dedos se resbalan sobre la superficie de las teclas blanquinegras y surgen las notas de *La Paloma* de Sebastián Iradier. Las notas me hacen soñar y me olvido de todo; cuando termino cierro cuidadosamente la tapa del piano y ella dice que esa música es al mismo tiempo alegre y triste, como la vida. Eso dijo.

La casa no tiene cielo raso y veo las vigas y las tejas de la casa. Me imagino que cuando llueve hace mucho ruido. Vamos a la cocina, dice, a tomar un chocolate caliente. Pasamos por un comedor muy grande y después a la cocina. Me siento en una silla alta

y las piernas me quedan colgando, me quedo callada porque no sé qué decir. La puerta de la cocina da a un jardín que está muy bonito: veo unas rosas de castilla, unos tulipanes rojos y otros amarillos, unos arbustos de galán de la noche y unas matas de doradilla. Tengo un poco de curiosidad por doña Carmencita y recuerdo las palabras de mi abuela: es una mujer maravillosa aunque un poco maniática, te va a caer bien. Le pregunto ¿usted toca el piano? Yo estoy aprendiendo a tocar el piano y es la gran alegría de mi vida. Qué bueno, contesta Carmencita, yo también lo toqué muchos años y a veces también tocaba el órgano de pedal de la iglesia. Tengo algunas partituras que tal vez te interesen. Puros papeles amarillos y el piano a lo mejor ya se lo comió la polilla por dentro. Le digo que mi abuelo Amador quiere que yo sea una gran pianista y me ha dicho que me mandará al conservatorio. Tu abuelo es un gran hombre, dice, siempre fue muy trabajador. Es un descreído; eso le ha dado mucho pesar a tu abuela. Siempre creí que era un poco aburrido. Le digo que mi abuelo siempre trabaja en la tienda y que le han salido várices en las piernas de tanto estar parado.

Pone a calentar la leche y saca un molinillo de madera con su batidor hueco; después saca unas tablillas de chocolate y con las dos manos mueve el batidor con gran agilidad. Sirve el chocolate espumoso en unas tazas grandes y se sienta enfrente de mí en la mesa de la cocina. La veo más tranquila y me mira con sus grandes ojos negros. Pienso que de joven tuvo unos ojos maravillosos y que seguramente hizo feliz al hombre que vio esos ojos. ¿Te dijo algo tu abuela de mí? Le digo que no y que mi abuela tiene ganas de verla. Creo que voy a morir sin volverla a ver, dijo. Hace más de diez años que no salgo de la casa y muy rara vez he recibido una visita. No salgo de la casa desde que murió mi marido. ¿Quieres saber cómo murió? También te diré como vivió.

Un domingo, entre el estruendo de la música de la marimba orquesta, cayó, fulminado, muerto en la plaza. Ni siquiera estaba bailando. Iba vestido con un traje de lino blanco y una corbata azul; traía puesto su quepí de capitán. Me avisaron y después lo trajeron a la casa. Lo velamos en la sala y creo que ha sido la peor experiencia de mi vida. No lo desvestí: dejé que lo enterraran con su traje de lino, su corbata azul cobalto y su gorra de capitán. Fue algo inesperado, nunca pensé que algo así pasaría. De noche, a veces, lo soñaba y a veces escuchaba que cantaba suavemente en el baño. Me da

remordimiento que nunca lo he ido a ver al cementerio. No sé si él quiere que lo vaya a ver.

II

Doña Carmencita calló por un tiempo. Yo no sabía qué decir ni qué hacer; para no hablar y para no mirarla tomaba a sorbos lentos y pequeños el chocolate dulciamargo. Levanté la mirada y encontré sus ojos negros. De verdad que te pareces a tu abuela cuando era niña; también era tímida y callada, pero con sus ojos azules decía todo. Era una niña llena de encanto aunque siempre muy firme en todo lo que decía y hacía; siempre me aconsejó que no me casara con Tolomeo; decía que era un hombre que me iba a hacer sufrir; fue verdad, pero también fui feliz, o por lo menos no me aburrí con él como le pasa a la mayoría de las mujeres; le gustaba la música y sobre todo le gustaba bailar, yo tocaba el piano para él; creo que por eso disfrutamos juntos. También viajamos un poco. En su pailebot La Paloma visitamos los puertos del Golfo de México desde Tampico hasta Progreso, pero los puertos que a él le gustaban eran Veracruz y Tampico. Sí, él era capitán de una goleta de cabotaje, de los que van siempre viendo la costa, y que por aquí les llaman pailebots. Era un barco de madera, de tres palos, que llevaba carga y tenía dos camarotes para pasajeros. Algunos viajaban en la cubierta sentados en sillas de tijera de extensión y a veces ponían un toldo para evitar la insolación. Cuando era capitán de La Paloma vestía siempre de punta en blanco con su gorra de capitán.

La verdad es que empezamos un poco mal; acababa de comprar la goleta y no tenía dinero; me propuso que huyera con él y que nos casáramos en el puerto de Veracruz; me miró a los ojos y me dijo: no te voy a prometer que siempre estaré contigo, pero sí te digo que hoy estoy completamente loco por ti y que quiero disfrutar plenamente este momento. A todo le dije que sí y una mañana, sin más ropa que la puesta, me fui con él. Cuando me subí a la cubierta del barco pensé en lo que iban a sufrir mi padre y mi madre, pero pronto me olvidé. La Paloma se deslizó por la bocana del río a una velocidad que me pareció vertiginosa. Fuimos al Hotel Diligencias y después bailamos danzón en la plaza de Veracruz enfrente del Palacio de Gobierno. Hicimos una cena en el hotel y llegaron muchos conocidos nuestros que vivían allá.

Después regresamos y nos vinimos a vivir a esta casa que él había heredado de su padre. Estábamos locamente enamorados. Siempre quería estar en la cama con él. ¿Qué cómo era él? Todas las niñas son curiosas aunque lo quieran disimular. Era de mediana estatura con las cejas gruesas y los ojos negros, hundidos, el pelo rizado y abundante; más bien flaco aunque muy plantado y risueño. Sí, sí era guapo y sí nos sentábamos en el columpio en las tardes para ver la caída del sol. ¿Qué si me tomaba por la cintura? Me tomaba de todo y sobre todo de la nuca. Esas son cosas que no se le deben decir a una niña. Sí también me tomaba por la cintura y me apretaba. ¿En el columpio? Sí, claro, y también cuando viajábamos en La Paloma.

Nunca pudimos tener hijos. Así pasa a veces. Así que con el tiempo nos fuimos quedando los dos solos.

Es verdad que era un poco raro, excéntrico, maniático. A mí eso no me molestaba, de hecho en un tiempo me pareció interesante; después a veces me preocupaba. Creo que todo le vino por querer usar su uniforme de capitán; sabía que se veía bien. Después empezó a vestirse de todas las formas posibles; a veces se vestía de inglés, decía él, con casco de corcho y camisa y pantalón corto de dril beige; a veces vestía con guayabera o con liki liki hasta el cuello; otras, se vestía como Nehru con las camisas abotonadas hasta arriba; después se vistió como campesino con camisas sueltas de manta; se puso blusas bordadas de indio de Oaxaca o de Chiapas; camisas floreadas al estilo norteamericano; usó corbata de moño rojo, se vistió como obrero con overoles azules con peto; usó pantalones bombachos como los gauchos, a veces usaba zapatos, otras veces botas, otras huaraches; se ponía toda clase de gorras, boinas, sombreros de fieltro y de Panamá, sombreros del tirol y de carrete; pero siempre regresaba a ponerse su traje de lino blanco con su corbata azul cobalto y su gorra de capitán. El pelo también era una de sus preocupaciones. Se dejaba la barba completa, después de candado, se dejaba el bigote grande, después pequeño, el cabello lo traía a veces largo, otras corto y llegó incluso a andar pelón a coco. Sin embargo, en los carnavales no se disfrazaba de los disfraces habituales de diablo o de sombra o de momia o calaca, ni tampoco de mujer. Siempre dijo que la camisa más elegante era la de Nehru.

Pasaban los años y siempre encontraba formas distintas de vestirse y se compró un smoking blanco como el que le había visto a Humphrey Bogart en *Casablanca*. Se

aficionó a usar turbantes, sobre todo blancos, y empezó a usar gafas de todo tipo. Las que más le gustaban eran unos quevedos de oro que le compró a un capitán alemán en Tampico. No sé cómo decirte; no era lo que le llaman un dandy; se vestía para él: a veces se vestía así adentro de la casa y se miraba en el espejo grande que viste en la sala. Quiero que me veas con tus grandes ojos negros, me decía. Una noche me dijo: voy a vestirme como *Lawrence de Arabia* y voy a salir montado en un caballo blanco. Lo único que me falta es un sable que relumbre al sol.

Así fueron las cosas siempre durante nuestro matrimonio, y yo lo esperaba con ansia siempre que regresaba de los viajes. Siempre me traía algún regalo: una mantilla, una peineta, abanicos de encaje negro, pañoletas para el cuello y la cabeza, mantones, rebozos de seda, aretes. Sí, también me trajo sombrillas chinas y japonesas, un kimono de seda, pantuflas de seda bordada, calzones de seda de colores. También estas son cosas que no te debo contar.

Él se llamaba Tolomeo Gonzáles y Gonzáles y, como aquí los nombres griegos y romanos y los apellidos repetidos no son novedad, nadie le prestaba atención a su nombre. Un día me dijo que él en realidad se llamaba Tolomeo Heráclito Gonzáles y Gonzáles. A todo mundo le dijo lo mismo y, si mostraban escepticismo, amenazaba con mostrarles su acta de nacimiento o de bautizo. Dijo que su papá era un gran admirador de los griegos y sobre todo de Heráclito quien siempre pensó que el río era la gran metáfora de la vida. ¿Qué es metáfora? No lo sé muy bien y creo que él tampoco lo sabía, pero creo que es una palabra que representa muchas cosas y que usan los poetas. Tú puedes preguntar a las monjas ilustradas que te dan clases. Un día me trajo un cartelón del mural de Rafael de Urbino que está en el Vaticano, según me dijo: este cuadro se llama *La Escuela de Atenas* y, dijo, éste que está aquí en actitud pensativa y de gran tristeza es Heráclito. Se parece mucho a mí. Heráclito dijo que todo fluye como el río y que nada permanece igual y así soy yo. Exigía que le llamara yo Heráclito y se enojaba cuando le decía yo Tolomeo porque decía que este último sólo había retrasado la comprensión del mundo y el universo. Así vivimos durante muchos años y yo lo llamaba mi Heraclito, así, sin acento, porque era diminutivo, y él se dejaba decir hasta que un día me dijo que su verdadero nombre era Heráclito Proteo Gonzáles y Gonzáles y que el nombre de Tolomeo era una vergüenza, que su único atenuante era que lo había

descifrado por primera vez un joven francés llamado Champollion en un piedra que le dicen roseta que está en un museo en Londres. Le empecé a llamar Heraclito o Proteíto y él se dejaba y así fue hasta que lo sorprendió la muerte un mal domingo en la plaza; una tarde en que tocaban la rumba *El Manicero*.

Se calló de repente. He hablado mucho, dijo. Tu abuela sabe todas estas historias. Yo no sabía qué decir, pero tampoco quería despedirme; quería preguntarle si había querido mucho a Tolomeo y si se había puesto la mantilla con peineta para ir a la misa y si el abanico de encaje negro tenía broche y si había usado el kimono en las noches al acostarse con él.

Como el chocolate se había terminado la escuchaba mirándola a sus lindos ojos. De pronto, la pañoleta se desanudó y se le deslizó por los hombros hasta el suelo: vi que tenía el pelo blanco y rizado y que tenía una barba blanca. Me di cuenta por qué usó la pañoleta todo el tiempo que habló conmigo. Se inclinó, recogió la pañoleta y se la volvió a poner con mucho cuidado. Vete María Pía, dijo, dile a tu abuela Armenía que me he acordado mucho de ella mirándote a ti.

III

Cuando regresé a la casa encontré a mi abuela en la cocina. Siéntate, me dijo, te voy a dar café con leche y pan. No puedo abuelita, le dije, tengo que hacer tarea. Eso de hacer deberes escolares es lo más aburrido del mundo, dijo mi abuela, y dudo que sirva para algo; quizás para lo único que sirve es para hacer caligrafía; ya te daré un papel que diga que no hiciste tarea porque te enfermaste. Toda la infancia se pasa haciendo deberes escolares, dijo mi abuela. Ya voy a pasar al quinto grado y tengo mucho que aprender. Tienes razón, dijo, yo nada más estudié hasta el sexto y siempre lo he lamentado. ¿Qué te contó Carmencita? Me dijo que eran amigas desde niñas. Sí, siempre fue una niña alegre, con mucho sentido del humor. Fuimos vecinas y todas las noches jugábamos y cantábamos y de jovencitas fuimos inseparables. Tolomeo la conquistó viéndole a los ojos y hablándole al oído. Luego de que se casó con Tolomeo la frecuenté menos; ella y su marido hacían una vida social con otras personas. Tolomeo a veces salía con ella y

otras iba solo al parque vestido como de Arabia o de la India. Una de esas veces fue que cayó muerto en el parque. Iba vestido con su uniforme de capitán o por lo menos de blanco con la gorra de capitán. Tolomeo se había cambiado de nombre por otro igualmente loco y extravagante y pedía, muy atentamente, que se dirigieran a él con un nombre griego que se había inventado. Creo que para entonces ya estaba bastante deschavetado. Lo malo es que Carmencita nunca se dio cuenta del deschavete.

Desde que murió Tolomeo, Carmencita no salió ya jamás de su casa. Una mujer le lleva la comida y hace el aseo una vez por semana. Carmencita cambió para siempre; mantiene cerradas las puertas y ventanas y dicen que usa doble tranca. Habla muy poco con la mujer que le lleva los víveres. Cuando tocan la puerta de la casa se asoma apenas por el postigo entreabierto y enseguida lo vuelve a cerrar. ¿Entonces por qué dejó que entrara yo a su casa, pregunté? Mi abuela me miró con sus tranquilos ojos azules, se levantó y me acarició el pelo. Yo sabía que iba a aceptar hablar contigo y a dejar que entraras a su casa. Para mí fue un gran misterio por qué durante años no salía de su casa. Hace algún tiempo hablé con Canuta, la mujer que la atiende una vez por semana; le pregunté si ella sabía la razón por la cual Carmencita no salía de su casa. Me dijo que doña Carmencita creía que su marido el capitán Tolomeo vivía todavía. No que la visitara como fantasma o como espanto; no que le susurrara en la oscuridad cuando ella estuviera sola en la cama. Tenía un retrato de Tolomeo en la sala de la casa. Ahí estaba Tolomeo Heráclito, también llamado Heraclito, vestido de capitán, con La Paloma al fondo de la fotografía. Ella le hablaba a la fotografía y le decía a Tolomeo que dejara de perturbarla que de todas maneras ella tenía que olvidarlo. A veces tomaba el retrato y lo tiraba al suelo; de tanto tirarlo el retrato estaba ya sin vidrio, pero de todas maneras hablaba con él durante el día. Ella insiste que Tolomeo puede venir a ver disfrazado de cualquier hombre y tomarla desprevenida. Así que cuando un hombre toca la puerta, un vendedor o algún mendigo, ella sabe inmediatamente que es Tolomeo quien está ahí, disfrazado, o simplemente fingiendo o simulando que es otro hombre. También sabe que si es una mujer no puede ser Tolomeo porque él nunca se vistió de mujer. Así que pensé que te iba a mandar a ti y que le ibas a decir quién eras y que ibas de mi parte y al ver que eras una niña permitiría que entraras a su casa y quizás te contaría algo de su vida con Tolomeo. Otras veces, cuando no tengas tareas escolares, irás a verla y le

llevaras un poco de puchero que tanto le gusta. ¿Entonces ella ve a Tolomeo en todos los hombres? Sí, no sé si también en los varones pequeños. Abuela, cuando llegué doña Carmencita tenía una pañoleta en la cabeza anudada al cuello; se le cayó y vi que tenía una barba blanca. ¿Por qué? De eso no sé nada María Pía; lo que si te puedo decir es que, de joven, Carmencita era de verdad una belleza; nadie era más bonita que ella. Ahora vete a dormir que mañana te van a reñir las monjas.

Abuela, mañana no voy a hacer tareas escolares, voy, con tu permiso, a sentarme en el columpio de la casa de doña Carmencita y soñar mientras miro la caída de la tarde en la otra banda del río.

La paloma

Tócame La Paloma y a medio son me la paras.

Dicho popular del siglo XIX.

Soy pata de perro y siempre sueño con echarme a andar por el mundo; andar por andar; no para llegar a ningún lado, porque sé que nunca saldré de mí mismo ni de mi pueblo, ni tampoco llegar a algún lado para quedarme; y sueño también que tengo grandes aventuras y que soy un gran conquistador, un explorador de tierras incógnitas, un hombre que desafía los grandes océanos, los grandes ríos tropicales, las montañas más elevadas del mundo, y así crecí con estas ideas variadas y locas; en la adolescencia algunos de mis amigos querían viajar y con nuestras mochilas al hombro nos íbamos a caminar y a recorrer el mundo, en tren, en barco, en autobuses, a pie, a caballo o en burro, sea como fuere; mi madre y a mi padre se aterraban cada vez que salía, creo que tenían razón de preocuparse y de que algo malo me fuese a pasar; la primera vez que lo hice acababa de cumplir quince años; después empecé a estudiar la preparatoria en la Ciudad de México; fueron los años más felices de mi vida porque aprendí cómo veían el mundo diferentes personas y cómo los seres humanos a veces sufrían por sus propias convicciones y no sólo por las ideas de los otros; aprendí la tolerancia de los diferentes puntos de vista y que la gran tragedia de la humanidad era la desigualdad y la injusticia y comprendí que el hombre sólo puede vivir una vida aunque puede soñar muchas; entonces pensé que realmente era una tragedia que el ser humano al escoger algo tenía que rechazar todo lo demás; aprendí también que en ciertos seres el deseo de vagar y de viajar era lo más importante en la vida; supe que la palabra vagabundo era una corrupción de la palabra vagamundos y que yo estaba destinado a ser uno de esos seres que “vagan por el mundo” (como dice la oración de San Miguel Arcángel que rezaba mi madre todas las noches) para aprender o acaso para desaprender y que existía una palabra para los condenados a la errancia sin fin: el *wander lust* y que yo era un

wanderer y que las grandes historias son las de aquellos que salen al mundo sólo para ver qué pasa como Don Quijote o Ulises o Sinbad el Marino; entonces me di cuenta que los viajes más intensos son los que uno realiza en su propia cabeza y que de ese tipo son la mayoría de los viajeros y que no importa a dónde se vaya siempre se estará con uno mismo como dijo Kavafis; así y todo no quería vivir para siempre en el mismo lugar y comencé a soñar que debía comprar un barco y estar siempre de viaje; por eso regresé al pueblo y después de grandes esfuerzos compré la goleta La Paloma; cuando empecé a viajar en la goleta me llenaba de alegría, sobre todo cuando salía a la bocana del río y aspiraba la brisa salada del mar y después bogaba y veía a un lado la costa y al otro lado la inmensidad del océano; y así recorrí los puertos del Golfo de México y me llenaba de alegría al oír la música y ver los colores al llegar a los puertos y entonces me di cuenta que eso iba a ser mi vida y que quizá nunca saldría de esos parajes y que no vería jamás las grandes metrópolis modernas ni las ciudades antiguas y que con eso tenía yo que vivir y ser feliz; y fue cuando me enamoré de Carmencita; sus grandes ojos fue lo primero que ví; pensé que casarme significaría perder mi libertad y nunca podría yo viajar como quería, ese pensamiento me atormentaba, pero decidí que ella era la mujer con quien quería vivir, no sé cómo lo supe, tal vez en la manera que se pegaba a mí cuando la besaba y la tomaba de la nuca; como no tenía dinero para una gran boda le propuse que se fuera conmigo en La Paloma; ella al principio no quería, pero al fin aceptó y un día nos hicimos juntos a la mar; la goleta cortaba el agua a una gran velocidad y veíamos a los delfines que viajaban a los lados del barco; pensé que la iba a hacer infeliz porque algún día me iba a vagar por el mundo y la dejaría sola para siempre; algo pasó, siempre estuve contento de verla; cuando regresaba y entraba con la goleta por la boca del río, pensaba, Carmencita me está esperando y yo voy a ser feliz de verla y ella también; a pesar de esta felicidad seguía mi cabeza soñando en viajar por el mundo aunque sabía que mi pobre goleta de cabotaje jamás me iba a llevar más allá del Golfo de México y de sus puertos que me sabía ya de memoria; y poco a poco fui aceptando que ese sería mi destino; llegaba a casa y Carmencita tocaba el piano para mí; preparaba con vino y ponía candelabros de bronce, la cena y yo siempre le traía un pequeño recuerdo del viaje que sabía que le daría alegría; le decía que si algún día pudiera viajar más allá de los puertos del Golfo la llevaría yo conmigo, pero que si no

podía viajar más allá que estaría feliz de vivir con ella el resto de la vida; y poco a poco me di cuenta que iba yo cambiando, al principio fue algo imperceptible para mí y para los demás, siempre me había gustado vestirme con ropas finas, pero ahora buscaba en los puertos trajes que venían de lugares lejanos; me gustaba vestirme con ropas exóticas; me vestía de capitán, de punta en blanco, siempre que pisaba la cubierta de La Paloma; me vestí como indio chontal y me puse las blusas bordadas de los indios de Oaxaca; me compré un smoking como el que usó Humphrey Bogart en *Casablanca*; usé un fez como el de Sydney Greenstreet en *El Halcón Maltés*; después me pareció que los trajes de Nehru y los turbantes de los árabes eran los que más me gustaban; me vestí de cowboy y de andaluz; siempre que utilizaba un cierto atuendo yo viajaba. Pensaba, no es indispensable por los desolados desiertos de Arabia, por las tumultuosas calles de la India, en las sinuosas y empinadas calles de San Francisco y que era un aventurero que viajaba de ocultis luchando a brazo partido con malandrines y bestias feroces; la gente me miraba y murmuraba: ahí va el capitán loco, quién sabe qué tipo de traje está vistiendo ahora; sin embargo Carmencita sabía que esos atuendos me daban alegría y me aceptaba; después decidí que me cambiaría de nombre porque no tenía ninguna obligación de mantener el nombre que me habían dado mis padres y ella también aceptó todos estos cambios, dijo, todos deberíamos cambiarnos de nombre, pero yo soy como un perro que no responde más que a uno; a veces salía conmigo a tomar mantecado de vainilla a La Terraza; otras veces se quedaba en casa a esperarme; me fui quedando con muy pocos amigos que me aceptaban y toleraban, pero casi siempre andaba solo y pensaba: de todas maneras este pueblo está lleno de gente maniática y excéntrica y yo soy uno más de ellos y conozco cómo cada uno de ellos quisiera ser otro y no él que es, así me alejé de mis viejos amigos de la infancia, Amador, Tesoro, Orobio, a veces los saludaba de lejos y ellos también, pero ya nunca me senté a beber o a comer con ellos; de todas maneras los marineros me respetaban y tenía mi trabajo timoneando la goleta a la perfección y cuando llegaba a casa me sentaba con Carmencita en el columpio que está a la entrada de la casa, la miraba a los ojos, le soplaba suavemente en los oídos, la tomaba por la cintura o por la nuca y le decía que tenía suerte de tener por marido un árabe de ojos negros y hundidos o un oscuro hindú con turbante y que estos saben muchos artilugios eróticos y que ella iba a disfrutar de la muy antigua

sabiduría erótica oriental y que esa felicidad existe para muy pocas mujeres y era muy afortunada de ser una de ellas y ella decía sí, siempre sí.

Sueño de una noche de lluvia en el verano

*Al expirar la pulga dijo: ¡Ay triste!
¿Por tan pequeño mal, dolor tan fuerte?
¡Oh pulga —dije yo—, dichosa fuiste!*

Lope de Vega

(La Pulga)

Siempre me ha gustado el ruido que hace la lluvia en el tejado. De niña me dormía escuchando el estruendo del agua sobre las tejas de Marsella de mi casa; a veces los truenos me asustaban, el viento también me ponía nerviosa, pero el ruido monótono de la lluvia, poco a poco, me adormecía. En esa época llovía durante días enteros y yo miraba caer la lluvia por horas sin fin; veía caer el agua en el patio de tierra de mi casa y lo veía como poco a poco se inundaba, las tortugas que estaban enterradas salían, los sapos también, a veces los gorriones y los colibríes entraban a la casa y volaban por la sala y el comedor, estaban asustados y nosotros teníamos prohibido tocarlos porque mi madre decía que ellos eran libres y así fue como Dios los hizo; como no podíamos salir, los niños jugábamos a serpientes y escaleras y más grandes a la brisca con la baraja española. Estaba prohibido tocar los sapos porque orinaban los ojos. Tortugas que no habíamos visto en años, pero que tenían nombre, salían hambrientas y les dábamos lechuga y plátanos dominicos. Cuando se iba la lluvia también las tortugas desaparecían. Teníamos prohibido mojarnos y andar en la calle sin paraguas o impermeables. Después de la gran lluvia, el día y la noche quedaban frescos y se oía toda la noche el croar de los sapos y las ranas. Era una lata el croar de los sapos y a muchos los desvelaban. Si quedaba algún charco enseguida se llenaba de gusarapos. Todos en mi casa odiábamos los sapos, pero no a las ranas. A veces veíamos a los camaleones que cambiaban de color, hacían un ruido infernal y no había que molestarlos porque comían moscas y mosquitos.

La visita de la niña María Pía me hizo recordar una noche de verano en los primeros meses de mi matrimonio con Tolomeo. Ya tenía dos semanas de haberse ido en La Paloma y no me había telegrafiado ni avisado con un propio cuando volvería.

Estaba acostada en la cama y oía como caía a torrentes la primera lluvia del verano; me di cuenta que mientras estuviese con él siempre lo iba a estar esperando; supe, de pronto, que lo más probable era que algún día él me dejara; tal vez porque la pasión se le acabara, o acaso porque encontrara alguna otra persona que le pareciera más interesante o le gustara más que yo; sabía que él, a mí, nunca me aburriría ni nunca lo dejaría y que mi interés sexual por él no se desvanecería como los círculos de un estanque cuando cae una piedra; yo, Carmencita, haría todo lo posible por tenerlo contento; le prepararía sus viandas preferidas; le plancharía las camisas y pantalones que le gustaban; aceptaría a sus amigos y sería complaciente con sus manías; estaría más que dispuesta a sus caricias y le diría, cuando llegara, cómo lo había estado esperando, hinchada y húmeda, acostada en la cama con la mano cerca de la entrepierna y con la mente en su cuerpo; pensé que me volvería loca en la espera y que lo que debería hacer era separarme de él y tratar de encontrar otro hombre; no se me hacía imposible porque sabía que era una mujer muy linda de grandes ojos, forma ovalada de la cara, piel suave y fresca, bonitas piernas y cintura pequeña; y mientras pensaba esto, oía la lluvia y el granizo que caían como balas sobre las tejas, en esta casa que no tiene cielo raso, y me excitaba y mojaba, y al mismo tiempo me decía que mañana mismo me iba de esta casa; no sabía cuándo estaría Tolomeo de regreso y acaso nunca regresaría; pensaba en la razón de no haberme telegrafiado, tal vez estaría ahogado, flotando en el mar del Golfo de México, saturado de tiburones, con su traje de lino blanco, carcomida la cara y la nariz por los peces y las jaibas, o quizá ya tenía otra casa a la que le había mandado poner un columpio ancho y con cadenas, o capaz que se haya enamorado de una prostituta y ya está en camino de hacerse padrote, que talento para eso no le falta; el calor ya estaba cediendo con la lluvia y me levanté a taparme con un chal y después, sentí, dulcemente, que el sueño me invadía como cuando era niña y escuchaba la lluvia; esa noche tuve el sueño más extraño de mi vida; caminaba por un camino del bosque, con árboles a los lados, sola y el día era soleado y fresco y el cielo tenía un intenso color azul; un hombre vestido de catrín, como Mandrake El Mago, de los *comics*, o como el catrín que sale en la lotería, se apareció delante de mí; primero pensé que era Tolomeo que se había disfrazado de magnate de *Wall Street* y que se me aparecía de repente para asustarme; lo miré y vi que era un hombre de nariz alargada y bigotito recortado, de

canalla, a la Clark Gable; él me miró un poco admirativamente, un poco con burla y un poco con deseo; tuve que cerrar los ojos y voltear para otro lado, sentí que me enrojecía; le dije, ¿quién se cree usted que es? Luego pensé, no vaya a ser el ánima de Sayula, pero no dije nada; me dijo, tengo una propuesta para usted que dudo que quiera rechazar, yo nunca hago propuestas, siempre las escucho con resignación y desinterés, así que debe sentirse orgullosa de que yo haga la invitación; no acepto propuestas de un desconocido, reviré, y empecé a caminar hacia adelante, para que viese que no le tenía yo miedo; se trata de Tolomeo, dijo, y me paré en seco; como le dije yo no acostumbro hacer propuestas, siempre sé lo que me van a pedir, pero, en su caso, voy a hacer una excepción; yo seré quien la haga; lo miré de nuevo, no tengo nada que pedir y menos por un precio tan alto; no deseo riquezas, ni poder, ni tampoco conocimiento, ni pasar a la historia, son otros mis deseos; además las mujeres no hacen pacto con el demonio; eso es cosa de hombres; eso cree usted, dijo el catrín o lagartijo, y con unos dedos largos y anillados se llevó a la boca un pitillo largo y lo encendió; el humo salió delgado de su boca y no se deshizo sino después de varios metros; me le quedé viendo como si hubiera hecho un acto de magia y fue cuando le noté que su piel era pálida y seca; usted sabe, dijo, que un hombre célebre hizo un pacto conmigo diciéndome que me lo podía llevar cuando fuese dichoso y mientras tanto él podía lograr su alquimia amorosa y de conocimientos; podemos apostar, como Pascal, o como en un seguro de vida, usted acepta mi propuesta por un determinado tiempo, digamos, quince o diez años y después, si no está dispuesta a renovarla, se disuelve el contrato; la propuesta es simple: le ofrezco que Tolomeo nunca la dejará; como si eso no fuera suficiente también le ofrezco la inmortalidad, la verdadera e inextinguible: nunca se le acabará la pasión; siempre tendrá una brasa encendida dentro del pecho, ardiendo a fuego lento, roja y crepitante en las noches, latiendo exultante por usted; se acabarán todas esas malas noches y todos esos pensamientos y emociones que giran en círculos lentos e inexorables; este contrato sólo será válido si usted también mantiene una pasión inextinguible por él; no será fácil, hay otros detalles del yugo de la convivencia; tal vez incluso puede ser de ayuda para usted que Tolomeo sea un marino y que esté viajando, como Sinbad el Marino, varios meses del año; es cierto que usted tendrá que tolerar o aceptar algunas de sus manías, como la de pretender ser siempre otro; incluso puede

ser esto divertido; hay muchos hombres que pasan la vida queriendo ser otros, y a veces lo logran; así dejará de sufrir y será dichosa mientras viva; ¿no me da usted garantías? pregunté, sí hay un contrato, contestó, y sacó del chaleco un contrato, en papel cebolla, lleno de cláusulas con letras pequeñísimas; no vale la pena leerlo, los contratos siempre dicen lo mismo; son en beneficio de quienes los hacen; me he permitido redactarlo por diez años; para entonces no creo que importe mucho todo esto; tomó mi dedo índice y, en un vértigo, con el fistól de la corbata pinchó mi dedo derecho y puso la gota de sangre, roja y brillante, sobre la parte inferior del contrato; ya está, dijo; esto es absurdo, pensé, es sólo un sueño; he hecho contratos con otros durante el sueño, replicó, no es usted la única, el más famoso fue Giuseppe Tartini a quien le dicté las notas del *Treno del Diavolo*, mientras dormía, y con rapidez se despertó a escribirlas; quiero que sepa que esas notas han deleitado a miles de melómanos; las palabras italianas resonaron, cantarinas, en mi cabeza, mientras el catrín se guardaba las hojas delgadas del contrato en la bolsa del chaleco de seda; oiga, dije, quiero revisar el contrato, es irrevocable, dijo, y se fue desvaneciendo poco a poco hasta que sólo quedó de él el humo delgado que salía de su boca.

Después me di cuenta que el hombre tenía la voz de Tolomeo, el mismo tono de voz juguetón y con ciertas inflexiones de burla, y recordé, en el sueño, un día en que durante un baile de carnaval, se me acercó un hombre disfrazado de diablo para pedirme un pasodoble; le dije que no y el hombre se sentó a mi lado; haga un pacto conmigo, me dijo con voz ronca; yo me volteaba hacia el otro lado y él no hablaba nada, aunque a veces lo oía reír, casi en un murmullo; cuando vio que me paraba para retirarme, dijo duramente: quédate conmigo, Carmen, soy Tolomeo; creí que ya te habías dado cuenta.

Cuando desperté vi el piquete en el dedo índice derecho, era pequeño y con un pequeño coágulo, no dolía ni daba comezón; ha de haber sido un mosquito.

El fin del mundo ya pasó

Cogieron, digo, al Judío Errante y pasó las pruebas del agua, del fuego y de la mancuera, y declaró muy pintados sus crímenes, tal y tal, que pasaba años sin comer ni beber, que andaba veintisiete leguas en un día, y que poniendo el ojo del culo en una pared, bajadas las bragas, veía lo que pasaba en las casas.

Álvaro Cunqueiro

(Las Crónicas del Sochantre)

A la memoria de José María Pérez Gay

I

Lo que te digo ocurrió hace más de cincuenta años; ahora que me acerco a la muerte me da por acordarme de cosas que todo mundo ha olvidado; lo que viví en ese tiempo no lo entendí, ni tampoco comprendí a los hombres y mujeres que conocí en esa época.

Fue por el mes de septiembre cuando el profeta Elías llegó a Santa María de la Victoria; apareció en la plaza del pueblo y orondo declaró que había cruzado el río, de más de un kilómetro de ancho con sus aguas turbulentas y rápidas, caminando sobre él, como si tal cosa... Es una herejía, protestó mi abuela, eso, ni los apóstoles lo hicieron. Predicaba encaramado sobre una banca de hierro fundido del parque con una voz potente y modulada; era un hombre de mediana estatura con el pelo largo y entrecano y una barba tupida y esponjada. A sus pies ponía un cestito para que le dejaran morralla. Vestía con una camisa blanca de manga larga, suelta en la cintura que se movía con la brisa del mar; el pantalón se lo amarraba con una lía de henequén. Hablaba y hablaba en la mañana cuando la gente iba al mercado y en la tarde cuando iban a pasear al parque. Fue la primera vez que oí decir que el mundo se iba a acabar y que todos teníamos que arrepentirnos de algo: que nuestro pueblo iba a ser destruido ya sea por

fuego o por agua. Más por agua dijo una viejita medio sorda que lo escuchaba en primera fila. Lo rodeaban las señoras, los campesinos de la ribera y algunos desocupados y borrachos. Algunos íbamos a verlo para matar el tiempo y para comprobar si las citas bíblicas eran correctas. El señor cura dijo que era un falso profeta y que a lo largo de la historia habían existido muchos falsos profetas. Había toda clase de sectas en el mundo que predicaban cosas inverosímiles. Todas las religiones son inverosímiles, acotó mi abuelo.

Tú no te acordarás de lo que te digo porque eras muy pequeño, o acaso has oído hablar sólo de este profeta aunque antes y después de él llegaron hipnotizadores, ventrílocuos, funámbulos, perros bailarines, hombres con un oso embozalado, la mujer decapitada, pirotécnicos, la mujer araña, organilleros, danzantes, violinistas, flautistas, monstruos de dos cabezas y cada una de las cabezas hablaba una lengua diferente.

Cuando llegó el profeta Elías unos decían que era el judío errante que ya había pasado por España y que se hacía llamar Ashavero o que quizás era el primo o el hijo del judío errante. No, porque no tiene la marca de Caín, dijo mi abuela. Nadie sabía cuál era esa marca pero su opinión era irrefutable. Otros decían que era un demonio disfrazado que viajaba de ocultis y que recorría el mundo asustando a la gente. En el pueblo había otro hombre que le decían el profeta, y que por más señas era buzo y vendía naranjas con sal a la salida de la iglesia; a este otro profeta le decían así porque traía una barba muy abundante y desordenada, pero no tenía talento de predicador.

Mi padrino don Tesoro escuchó al profeta Elías un día que llegó al pueblo; iba don Tesoro muy quitado de la pena, en su coche de un caballo. Seguía con su coche de un caballo cuando ya había muchos automóviles en las calles del pueblo. Después don Tesoro habló conmigo en la tienda y me dijo que el profeta era un loco y recuerdo que dijo: loco apocalíptico. A mí me llamó la atención esa palabra, pero después he sabido que a lo largo y a lo ancho de la historia muchos han predicado que el mundo se va a acabar. Estas predicciones las hacen generalmente al principio o al final del milenio aunque también se han hecho en otros tiempos. La prédica del profeta Elías se iba haciendo cada vez más incendiaria y cada día atacaba más a los pobladores del pueblo a quienes acusaba de ser peores que los de Sodoma y Gomorra; nos señalaba como adoradores de ídolos y de ser ingenuos y crédulos y de estar esperando que algún día

íbamos a ser de nuevo un gran puerto de altura con cónsules de Centroamérica, España y Estados Unidos.

No sé donde comía ni donde dormía aunque aparecía a la hora propicia en donde la gente se amontonaba. No llevaba mujer ni amigo ni perro. Un día en la refresquería de don Lucas un grupo de muchachos planeó darle un escarmiento al profeta. Una mañana en que predicaba cerca del mercado un grupo de muchachos lo manearon y lo tiraron al suelo amarrado de las manos y pies y le cortaron la barba y el cabello con una tijera; después lo desnudaron para saber si no tenía algún tatuaje que mostrara pacto con el diablo y no le encontraron; lo soltaron después y se burlaban de él y le decían: iiii y lo señalaban con el dedo; quedó maltrecho el profeta trasquilado, pero al otro día en la mañana predicó que ese pueblo que quería ser de nuevo un puerto de altura donde entrasen los barcos extranjeros de gran calado se iba a convertir en un pueblo de pobres pescadores si es que antes no acababa por el fuego. Después de eso el profeta desapareció.

De paso te digo que tuvo razón el profeta Elías porque poco después unos malandrines incendiaron al pueblo y ya nunca volvió a ser un puerto de altura.

No sé si eso tuvo que ver con el cambio que desarrolló don Tesoro y que culminó en la madrugada del primero de enero cuando lo fui a ver para llevarle unas vituallas porque mi abuelo temía que se muriese de hambre.

II

Mi padrino don Tesoro Pulido Vidal vivía en un ranchito no muy lejos del pueblo; siempre fue un hombre extraño: mi padre empleaba la palabra maniático. Lo recuerdo como un hombre distinto a todos, tanto en su manera de pensar como en su forma de vestir y actuar. Había vivido fuera del pueblo y después de mucho tiempo había regresado viudo. Mi abuela decía que era un misántropo y neurasténico que por eso vivía solo en una casa de madera encalada. Mi abuelo siempre dijo que don Tesoro vivía solo y su alma porque nunca dejó de extrañar a su mujer doña Ramona Valladares. Vivía siempre pensando en ella y en las mañanas montaba al careto y se iba a la playa para recordarla. Mi padre dijo que don Tesoro había regresado al pueblo después de la

muerte de su mujer y que ya nunca quiso tener otra. Eso pasa por enamorarse uno tanto de su propia mujer, dijo.

Yo era su ahijado y cuando regresó fue a la tienda de mi abuelo y preguntó por mí. Fui de los pocos que conoció su casa. No sé si alguna vez la conociste, siquiera por fuera. Tenía su porchecito como muchas casas de nuestros pueblos y cuatro habitaciones simétricas, sala, comedor y dos recámaras; la cocina y el baño estaban separadas del cuerpo principal de la casa y los conectaba un corredor con techo de teja roja sin paredes. La sala tenía un piso de cemento pulido que brillaba en la penumbra. En el comedor había una mesa redonda, de una pieza, de caoba oscura. Vestía siempre de dril beige y usaba un sombrero de corcho como el que usaron los ingleses en la India. Traía un fuate colgado de una presilla del pantalón y cuando iba al pueblo maniobraba su tílbury de dos ruedas arrastrado por un caballo careto. Lo recuerdo, con asombro, bajando del tílbury y caminando hacia la tienda de mi abuelo. Era alto, blanco y sonrosado, delgado, de ojos azules y de sonrisa fácil y burlona. Muchos de este pueblo son burlones y también los de mi familia.

No sé si recuerdas haberlo visto pasar alguna vez en su coche de un caballo. Pasaba sin voltear ni saludar a nadie. Supe después que en las mañanas ensillaba al careto y se iba al trote hasta la playa para ver el amanecer. Como te decía fui de los pocos que conoció su casa. Entré y vi en la sala una hamaca colgada y también una silla de montar con manzana de bronce descansando sobre un burro de madera; un espejo de cuerpo entero reflejaba la habitación desde una esquina; había cuatro mecedoras de mimbre y un sofá de caoba tejido con mimbre en el centro. Pasé al comedor y miré la inmensa mesa circular de caoba casi negra en el centro y un escritorio de esos que tienen una cortina plegable de corredera. Después pasamos al patio que tenía dos partes; la de adelante era un jardín florido con buganvillas, tulipanes amarillos y rojos y matas de galán de la noche. En medio había una higuera y un guayabo. En el patio de atrás vi una docena de gallinas, una cabra y al careto comiendo pastura fresca en un establo de madera. Había un limonero y un árbol de toronja. Me acuerdo que el suelo era arenoso. Más atrás había una veleta de viento para sacar agua del suelo. A lo lejos pastaban unas cuantas cabezas de ganado y un par de caballos. También vi un abrevadero y un corral. No es mucho lo que tengo, me dijo, pero me basta y sobra: a

principios de año contrato un jornalero para que siembre maíz y frijol. Pasamos después a una de las habitaciones. Me mostró la biblioteca. Una sola pared estaba llena de libros de piso a techo. Esta es mi biblioteca, dijo, aquí los libros los pican las polillas y las cucarachas carcomen las pastas; las hojas se pegan y cuando vienes a ver no tienes más que la mitad. No alcancé a ver ninguno de los títulos pero en los estantes vi libros grandes con pasta de cuero oscuro. Algún día puedes venir aquí a leer alguno. Los libros no salen pero puedes venir y leer el que te interese. Estás en una edad en que necesitas leer para conocer el mundo y sobretodo para entablar un diálogo con muertos inteligentes que están más vivos que tú. La literatura me ha salvado de la aburrición y de la tristeza. Yo tenía quince años de edad y había leído pocos libros aunque en la secundaria había tenido dos maestras excelentes de literatura: la maestra Ondina de Rovirosa y la maestra Petronila de Rodríguez. ¿Por qué regresó usted, padrino? Las palabras me salieron sin darme cuenta. Enseguida me arrepentí. Hay preguntas a las que uno no tiene derecho, pero eso sólo lo he aprendido con los años. Regresé a morir, contestó, y empujó la puerta que daba a la otra recámara. Aquí duermo, dijo, pero no me invitó a pasar. La literatura me ha salvado de la melancolía; pedirle que me salve de la muerte es demasiado. Después nos sentamos en el porche y tomamos agua de coco.

Yo tenía deseos de preguntarle sobre su mujer Ramona Valladares, pero en ese momento me di cuenta que nunca le preguntaría y que él tampoco me hablaría de ella.

III

A principios de diciembre llegó Don Tesoro a la tienda de mi abuelo; con el fuste se golpeaba suavemente el muslo derecho. Ahora te voy a comprar muy pocas cosas querido primo porque el mundo se va a acabar. Un cometa va a chocar contra la tierra y todo va a acabar en el fuego. Hay millones de cometas en el universo y miles de aerolitos gigantesos girando alrededor del sol; es un milagro que un enorme meteoro no haya chocado antes con la tierra. Mi abuelo apenas lo escuchaba. Sabía que se estaba burlando, pero quedó intrigado de que le hubiese comprado tan poco. Esa noche, a la hora de cenar, mi abuelo dijo: algo le pasa a Tesoro, dicen que anda regalando sus cosas porque ya viene el fin del mundo. Luego me miró y dijo: quiero que vayas a verlo porque

tal vez necesite algo. No puedo porque estoy en exámenes, contesté. Entonces el sábado, dijo.

Estaba clareando cuando ensillé al ruano y me fui al paso a ver a mi padrino. Arrendé el caballo en el porche y toqué con el canto del puño. Todas las puertas y ventanas de la casa estaban cerradas. No me asombré mucho, recordarás que muchas casas de este pueblo están cerradas siempre; al parecer creen que así entrará menos el calor. Me senté en una mecedora del porche y me debo haber quedado dormido porque al rato oí los cascos del careto de don Tesoro. ¿Qué haces aquí, hijo? Vine porque mi abuelo me mandó para preguntarle si no se le ofrecía algo. No, qué va, dijo, pero puedes aprovechar para entrar a la biblioteca y ver si hay algún libro que te interese y te lo puedas llevar; he decidido que alguna vez te iba a regalar alguno; tal vez puedas llevarte más de uno. No padrino, sólo estoy aquí porque mi abuelo me ha mandado para saber si está usted bien y sé que quiere mucho a sus libros; bueno, dijo, te voy a dar una *Biblia* especial, la de la traducción de Casiodoro de Reyna y Cipriano de Valera; algún día la apreciarás y la podrás heredar a tus hijos.

Regresé a la casa con el libro empastado de cuero y hojas amarillas; algún día te lo enseñaré; en la primera hoja está escrito: pertenece irreversiblemente a Tesoro Pulido Vidal y a Ramona Valladares.

El domingo en la tarde a la hora de la comida mi abuelo dijo: don Tesoro está regalando todo; hay gente que hace cola para recibir alguna cosa; para no regalar dos veces a la misma persona, apunta en una libreta lo que ha dado y el nombre; ya regaló todas las gallinas; la cabra, el espejo, las mecedoras de caoba y mimbre, la silla de montar con la manzana de bronce, el escritorio con tapa de corredera, la hamaca, la cama, una luna redonda con espejo azul, ya sólo le falta que regale la mesa redonda de caoba de una pieza, el caballo careto y la biblioteca. Se ha vuelto loco dijo mi abuela. A todos les dice que el fin del mundo será el treinta y uno de diciembre a las once y treinta de la noche, es decir pasado mañana. No puede regalar el caballo, es una parte de él mismo ni la mesa de caoba que vino de un árbol del Petén y que ha estado en su familia por años y años.

Al otro día en el desayuno mi abuelo anunció: ya regaló el caballo y la mesa de caoba ahora sólo le falta regalar los libros. Me pregunto si regaló también la estufita de

petróleo con que cocinaba. Ese hombre se va a morir. Todo por la sonsera de que el mundo se va a acabar. Toda nuestra familia está medio loca.

Mi abuelo me miró: no sé si tú también acabarás loco, con tanto libro que lees.

IV

Pasó el treinta y uno de diciembre y la madrugada del primero de enero me despertó mi abuelo moviéndome la cabeza. Despierta Ovidio, cincha al caballo y ve a ver a tu padrino; le llevas este saquito de café y este de harina y este otro con leche en polvo. Le dices que cualquier cosa que necesite me avise. Todavía no clareaba cuando atravesé las calles del pueblo y tomé la carretera; los cascos del ruano herrado caían como mazos sobre los charcos que había dejado la lluvia de la noche; yo traía puesto el capote amarillo ahulado, anudado en la nuca. Llegué a su casa cuando el sol ya salía y la casa blanca relumbraba en la claridad del alba. Todas las ventanas y la puerta de entrada estaban abiertas. Entré y encontré a don Tesoro, sentado, solo y su alma, en medio de la habitación, en un catre de tijera. Estaba vestido con su traje de dril color caqui; a un lado tenía el casco de corcho y el fuate. Se veía que no había dormido en toda la noche y tenía los ojos rojos y los párpados hinchados. Sus ojos me miraron con un dejo de asombro. Salvo el catre no había nada y el suelo pulido brillaba como nunca.

Le dije suavemente: padrino, el fin del mundo ya pasó.

Eso dicen los adventistas del séptimo día, contestó, lo que pasó es que hicieron mal las cuentas, igual que yo; luego dijo: no me arrepiento de nada afirmó Don Giovanni a la hora que lo arrastraba el Comendador al infierno, porque, como dijo Spinoza, el que se arrepiente es doblemente miserable. Después se paró y tomó los saquitos que le había yo dado y los puso a un lado del catre. Tengo un poco de café dijo, fue a la cocina y me sirvió un café negro en un pote de peltre. Ahijado, dile a tu abuelo que no se preocupe; no he regalado mis libros ni tampoco mi casco de corcho, eso ya es mucho, algo de cordura me ha de quedar.

Entramos a la habitación en que estaba la biblioteca; la repasó con los ojos y dijo: no tuve el valor para regalar mis libros; de todas formas nadie los hubiera leído y hubieran quedado arrumbados en cualquier parte. Yo tenía esta biblioteca y otros libros

que he perdido con los años. Como tenía tantos libros gané fama de alquimista y de mago entre mis amigos: edité una revista *El Zoquete Ilustrado* y escribí la historia de un dandy inglés. Esas fueron mis secretas aventuras literarias. También tu abuelo quería escribir la biografía del poeta Calcáneo. Esos textos desperdigados son la única prueba de nuestro paso por el mundo.

Tomábamos el café de pie porque era algo indigno que nos sentáramos en el catre, y fue cuando me dijo: de todas maneras para mí, sin mi mujer, el mundo ha terminado y ya no tengo nada más que hacer aquí. Me preguntaste por qué había regresado; regresé para tratar de olvidarla, pero ahora sé que es imposible. Hace años me fui con ella a vivir a Xalapa, Veracruz, yo tenía un buen trabajo y además me gustaba lo fresco del clima; como tú sabes estudié ingeniería civil aunque nunca terminé; mi vida con ella era difícil; yo la adoraba sobre todo por sus artes eróticas, tenía una pasión incansable que a mí me enardecía, aunque no sé si eso te diga algo. Eso y otras cosas me habían hecho muy feliz. Era una buena cocinera y yo la había hecho una buena bebedora. Siempre me hizo una gran compañía. En los últimos tiempos encontraba en ella un dejo de crueldad o por lo menos a mí eso me parecía; tal vez eso ocurra en todas las mujeres después de que han convivido con un hombre muchos años. Era como si siempre me tratara de castigar. Tal vez algún día me puedas dar tu opinión sobre este punto.

Era guapa y salerosa y tenía un porte imperioso. Ella siempre se quejaba de que quería vivir una vida más intensa, ir a los teatros, al cine, hacer fiestas y cenas con gente interesante y conversaciones inteligentes e insólitas; quería tener más dinero. Me pidió que hiciera un testamento y que le dejara todo a ella incluyendo este rancho y estas tierras. Le dije a todo que sí y firmé el testamento pero el rancho se lo escrituré a mi hija que vivía en Nueva Orleans. Después, empecé a enfermarme y tenía diarrea y perdía peso y el pelo se me caía; una mañana noté que le ponía unos polvos blancos al café negro que tomábamos todos los días; no le encontraba un sabor diferente al café; consulté a un médico y le pregunté si estaba yo siendo envenenado con arsénico, poco a poco, como a Napoleón Bonaparte o si me daba otras cosas como la *datura estramonio* o la aconitina. El médico me examinó las uñas y me encontró una línea blanca y me

contestó que sí, y que si yo conocía el *aqua toffana* que era un mezcla sin sabor, de arsénico y belladona con el que envenenaban las mujeres a sus maridos durante el renacimiento italiano; lo había inventado una mujer, Giulia Toffana, quien recomendaba a las mujeres que se pusieran el veneno en los pezones para que los maridos se envenenaran, como si dijéramos, por su propia boca, durante el débito conyugal; le dije que no conocía dicha *aqua* y que si se podía saber si tenía arsénico en la uñas o en el pelo; el médico contestó que tal vez se podrían mandar las muestras a algún laboratorio de Estados Unidos o Europa pero por lo pronto no se podía saber de cierto. Le dije que mandara las muestras de todas maneras aunque los resultados tardaran meses en regresar.

Regresé a la casa y ahora la vigilaba cuando preparaba los alimentos y yo seguía empeorando y perdiendo peso, así que me adelanté y una mañanita le di en el café una dosis mortal de arsénico.

Cayó embrocada sobre la mesa de la cocina. El médico diagnosticó un infarto cardiaco masivo y la fui a enterrar acompañado de unos cuantos amigos. Unas semanas después el médico me dijo que mi cabello y mis uñas no mostraban restos de arsénico. De todas maneras yo pensaba que si no era arsénico lo que me daba, habría sido otro veneno, que tira el pelo, como el que les dan a las ratas, según leí. De todas maneras apenas murió yo me mejoré y empecé a ganar peso y me salió pelo de nuevo; sin embargo cada día me sentía más triste en esa casa de Xalapa, ciudad en que la llovizna es perenne y triste, así que después de eso me regresé al pueblo y me traje mi biblioteca y la mesa de caoba; después me compré al careto y me volví misántropo y misógino. Después leí el texto de Herr Rudolph Falb quien había pronosticado que el mundo se acabaría el primero de enero del año 1900 a las 0.45 horas. Comprendí que había cometido un error en su cálculo y le corregí la plana.

El mundo se acabará, no desesperes. En el entretanto me queda mi biblioteca; mira aquí tengo una edición de *El Quijote* con los dibujos de Gustave Doré y una edición de la *Divina Comedia* con las ilustraciones de Sandro Boticelli. Tengo mi casco de corcho para resguardarme del solazo del mediodía. Ya no te puedo regalar más libros pero puedes venir a leerlos aquí.

Siquiera no hubiera regalado la hamaca, le dije.

Salí a la puerta del frente, aturcido; me monté en el ruano y, de regreso me fui al paso, tristeando, pero cuando llegué al río me detuve a mirarlo, con su corriente brillante, nuevecito, como si lo viese por vez primera.

Pozo con brocal ensimismado

Man Ray estaba equivocado. El violín tiene cuerpo de mujer. Sí. El violín tiene voz de mujer. Sí. Pero la mujer hace música sin partitura. Sin cuerda. Sin arco. El hombre necesita del violín para estar a la altura de la mujer. También necesita del demonio.

Eduardo Jiménez Mayo

Cuando compré esta casa me dijeron que estaba brujeadada: al despuntar el alba, una mujer alta y blanca, de largos cabellos negros y ojos oscuros, ojerosos y extrañamente fijos, como ciega, se deslizaba silenciosa y lenta por la casa y recorría todas las habitaciones como si buscara algo, salía al patio y se detenía a un lado del pozo y allí se peinaba el luengo pelo tenebroso, después se hacía una trenza y luego la deshacía y de nuevo el peine se deslizaba sobre la tupida melena, así estaba hasta que salía plenamente el sol, cuando se desvanecía poco a poco como una nube soplada por el viento; a veces, en ese lugar, entonaba una dilatada canción con dulce voz de soprano que seducía a quien la escuchaba; cuando me lo dijeron, con ánimo de asustarme y de que no comprara la casa, pensé que sería bueno tener la compañía de una mujer aunque sólo fuera un ánima, ya que podría, por lo menos, tener con ella una conversación interesante, darme acaso algunos secretos sobre el arte erótico del cabello y explicarme por qué todas las mujeres que espantan tienen el cabello largo, a veces rubio o negro, otras colorado, dependiendo de la cultura; me consolaba pensando que también algunas que no espantan también lo tienen; bien sabía yo que la única manera de tener una buena convivencia con una mujer era haciendo pacto con el diablo, y que el diablo me lleve si no estaba yo dispuesto a hacerlo; los primeros días que viví solo en esta casa me levantaba apenas clareaba y me asomaba al patio con la esperanza de ver al espanto femenino peinando en la penumbra su oscuro cabello y entonando su melopea mortal de sirena tetona; la imaginaba, no sé por qué, vestida de punta en negro y con zapatos de alto tacón (consecuencia de ver tanto cine negro norteamericano); la imaginé también desnuda con el cabello hasta la cintura, reclinada o sentada sobre el brocal del pozo o girando lentamente sobre sí misma, bailando para sí, como hacen las mujeres cuando están solas, mientras el cabello se elevaba mecido por la brisa; no la temía

porque no creía que fuese una de esas mujeres que en realidad son vampiros y que asaltan a los viajeros en los caminos perdidos, en los hostales de Castilla la vieja o en los viejos caminos de la selva como la Xtabay de los mayas; o las del *El manuscrito hallado en Zaragoza*, dos mujeres que en realidad eran unos ahorcados, y de pronto, me di cuenta que esas imágenes no me interesaban, sino que soñaba en la imagen de una mujer seductora que seduce sólo por el placer de hacerlo, como la bella dama sin piedad de Keats o la *Lamia* de los poetas ingleses; y por uno de esos mecanismos traicioneros de la mente, llegué al convencimiento de que la aparecida era mi difunta mujer que quería hablar conmigo (cuando viva, siempre quería hablar conmigo de algo y nunca terminaba de hacerlo) y explicarme que había pasado en realidad entre nosotros, decirme que ella no me había dado el *acqua toffana* ni polvos de aconitina ni arsénico ni un carajo, y que todo había sido mi imaginación, y que al final ella pagó las consecuencias de esa confusión; tal vez así fue, le hubiera contestado, pero no estaba seguro y seguía sin estarlo, pero inmediatamente después veía claro que lo más seguro es que la aparecida no era mi finada mujer; la que se materializaba o era un ectoplasma a un lado del alto brocal del pozo ya cantaba ahí antes de que mi mujer muriera, y en realidad nunca vi mujer alguna de cabello oscuro y largo o rubio y corto, viva o espanto, y con el tiempo y con el trabajo de la casa todo lo del espanto, ánima o aparecida, se me olvidó; en las noches no oía ningún ruido salvo el interminable chirrido de los grillos y los camaleones; lo primero que hice cuando llegué a la casa fue comprobar si el pozo tenía agua; unos tres metros abajo ví un agua verdosa y oscura, eché el balde y saqué una agua estancada y lodosa; consideré que ese pozo no tenía agua buena y lo tapié con madera; sacaba agua del subsuelo con una bomba de mano y no estaba salada y todas las mañanas me bañaba con esa agua fría y después cinchaba y ensillaba al careto y, como he dicho, trotaba hasta la playa para ver salir el sol y acordarme por un momento de mi mujer muerta, a veces para alabarla y otras para maldecirla y hacer lo mismo para conmigo; después regresaba, le quitaba la montura con manzana de bronce al caballo, le echaba unos baldes de agua fría, lo cepillaba y lo llevaba al establo para que estuviera a la sombra; y así nunca más me acordé de la mujer que en el crepúsculo del día cantaba al lado del brocal, aunque seguía pensando que algún día vería de nuevo a mi mujer, como espanto, y que discutiríamos de nuevo sobre el arsénico y sobre el sexo y si había

sexo después de la muerte; como necesitaba agua para el caballo y la cabra, me pasaba gran parte del tiempo bombeando el agua manualmente para estos animales y también para las gallinas que tenía; decidí limpiar el pozo y conseguí una escalera de tres metros y medio de largo y con varios baldes y cubos de cuero empecé a sacar el agua estancada; fue una tarea ardua y tediosa; además de que pensaba que podía enfermarme por estar en contacto con agua podrida; pero después de varios días de duro trabajo llegué al fondo del pozo; sentí algo metálico bajo los pies desnudos y después me di cuenta que eran dos cajas de metal; traté de levantarlas y me di cuenta que estaban muy pesadas, bajé después con una soga y con el torno del pozo las fui subiendo; medían más o menos unos cincuenta centímetros de largo por treinta de ancho y un jeme de espesor; las lavé como pude y estaban con mucho herrumbre; después noté que estaban soldadas en las esquinas, quité la soldadura de plomo y estaño y abrí la primera caja; las monedas de plata relucieron a la luz del sol; no se habían oxidado ni puesto negras porque estaban en unas cajas herméticamente selladas; las llevé adentro al comedor y las conté minuciosamente sobre la mesa; hacía pilas de diez monedas cada una; y poco a poco mi mesa redonda de caoba se fue llenando de esas maravillosas monedas de plata; la mayoría era de los años veintes y tenían el águila de frente, con las alas abiertas y del otro lado el sol encaramado en una pirámide; la inscripción decía: un peso, plata 0.720; conté mil doscientas monedas; reflexioné y llegué a la conclusión de que las monedas las había dejado escondidas un tío mío, el general Eustorgio Vidal y Vidal, militar de Adolfo de la Huerta y que, pensó, como todos los que ocultan algún tesoro, que algún día lo recuperaría; tal vez el producto de toda una vida; lo alcanzó la muerte en Xalapa, Veracruz, una tifoidea mal cuidada; yo había ido a visitar su tumba cuando vivía en esos lares, por instrucciones de la tía; calculé que había suficiente dinero para que yo no trabajara más y me dedicase a la asidua redacción de *El Zoquete Ilustrado* ya que era imposible que consiguiese otra mujer y no se me ocurría hacer otra cosa; don Tesoro se había encontrado un tesoro; recordé cuántos amigos míos habían gastado dilatados y penosos años de su juventud buscando el inencontrable tesoro; como habían arriesgado su vida bajando por cañadas o subiendo cerros pedregosos siguiendo luces y fuegos fatuos; como habían gastado su dinero en detectores de tesoros que vendían en la calle de Tabasco en la colonia Roma de la Ciudad de México; toda mi juventud se fue en

escuchar historias de tesoros; yo mismo había escrito una historia de un hombre que cambia su profesión de geomántico por la no menos inverosímil de buscador de tesoros; conocía gente que había tirado los muros de sus casas, escarbado en los patios, dragado en los arroyos; escarba un poco más, está más abajo, más abajo ya no puede estar, está ya todo inundado, anda sigue escarbando; aquí está el tesoro, es oro, es oro, ese oro ya no sirve, ese oro está podrido, no hueles acaso el olor a podredumbre; hay que hacer pacto con el diablo para encontrar el tesoro que aquí enterró el pirata Lorencillo; aquí lo enterró; lo sé, aquí cantan los doblones, aquí los luises; aquí están las tablillas de oro fundido que dejaron en el lodo Hernán Cortés y sus capitanes, cuando salieron huyendo, alta la noche, de la gran Tenochtitlán; aquí sí estaba El Dorado de Lope de Aguirre; aquí en la costa, cerquita, está hundido un galeón español del siglo XVI, con unos trajes de buzo enseguida lo sacamos; por aquí cerca está el cuarto de ámbar que robaron los nazis de San Petersburgo en la Segunda Guerra Mundial; aquí nomás está el tesoro de la República Española que traían los republicanos en El Elvita; aquí tengo las mil doscientas monedas de plata que me servirán para vivir el resto de mi vida sin dar golpe; fue por esa época que llegó el profeta Elías a Santa María de la Victoria, después de un largo peregrinar en el tiempo y el espacio, y fue cuando concebí la idea maligna de regalar todas mis pertenencias y hacer la pretensión de que el mundo se iba a acabar; sabía que muchas cosas no me interesaban y otras que, después, las podía recuperar; así quedé como loco y todos se olvidaron de mí; yo también de ellos y nunca nadie ha sabido que me había encontrado un tesoro; algunos creen que recibo algún dinero de fuera, otros, que mis parientes me dan lo necesario para no morir de hambre, y yo vivo la vida solitaria de un loco, que es la vida que siempre he querido vivir.

El nudo de tus brazos

Si el célebre burlón (Demócrito) viviera en estos tiempos, se moriría de risa.

Baruch Spinoza

(Carta a Henry Oldenburg)

I

Al promediar la tarde llegamos a la casa de don Tesoro, mi abuelo y yo. Mi abuelo llevaba unas botellas de vino tinto, un pedazo grande de queso, una hogaza de pan, una pierna de jamón ahumado y unos vasos y platos de cartón. Las vituallas las fue sacando de un morral hecho de ásperas fibras de henequén teñidas de colores vivos. En una mesa rústica, de dos tablones gruesos, que don Tesoro trajo del patio, acomodamos el vino y la comida en la sala de la casa. Mi abuelo sirvió el vino y cortó pedazos de queso y de jamón con una navaja suiza de las que tienen la cruz roja. No teníamos cubiertos, ni servilletas y comíamos a mano limpia. Don Tesoro comía con apetito y bebía a tragos grandes; nos miraba de reojo y, al contrario de lo que mi abuelo esperaba, parecía de buen humor.

Varios tragos es la vida y un solo trago la muerte, cito al poeta Hernández, empezó diciendo. Sólo que yo no pienso en la muerte sino sólo en este penúltimo trago. Gracias por los manjares, Amador; no te hubieras molestado; no te preocupes, no me voy a morir de hambre; la vida sigue, siempre sigue, y si nosotros no la seguimos, otros la siguen. Ahora escribo un poco y eso me entretiene, creo que para eso nací y cuando muera van a encontrar un arcón lleno de papeles que estoy seguro que quemarán; siempre quiero escribir y leer y creo es lo que más me gusta en la vida; hubiera sido poeta como Andrés Calcáneo Díaz, ese gran y único poeta de nuestro pueblo. Esa gran

iglesia inacabada de nuestro pueblo. Antes que la acabaran la derrumbaron los garridistas. Esta iglesia de estilo siglo dieciocho que tenemos, blanca y esbelta, es del siglo veinte. La construyeron y la acabaron sobre las ruinas de la iglesia inacabada. Este pueblo dio un gran latinista, en los tiempos de Porfirio Díaz, y ha dado ingenieros, curas, abogados, militares, médicos, poetas, narradores y cuenteros, pero hubiera sido infinitamente mejor que hubiera dado un gran poeta.

Amador, tú quisiste escribir sobre ese poeta asesinado y creo que escribiste muy poco. La categoría de los poetas asesinados es de lo más triste y sólo se compara con los poetas que mueren jóvenes. Por lo menos lo intentaste cuando te fuiste como loco a bogar por el Usumacinta en ese barquito al que le pusiste Aburrido me voy. Estabas aburrido, pero de vivir. No me aburro como tú, ni tampoco creo que perder a una mujer sea perder la vida. Si quieres saber, querido Amador, he escrito sobre ese pobre hombre millonario que se llamó don Polo Valentino, ese que tuvo todo en la vida, y acaso también lo que la gente llama la *protección del maligno*, es decir, el dinero, y murió como un perro; no había leído a Diógenes de Sínope, que quiso vivir y no morir como un perro, ni al gran Epicuro, tan difamado, como todos los felices, que inventó cuatro grandes medicamentos, el *tetrafarmakon*, contra el miedo. Algún día te los nombraré. Sin embargo, te diré el principal: evitar vivir con miedo al castigo de los dioses. Estoy seguro el viejo Polo vivió atosigado por el miedo y la esperanza y eso es lo que trataba de exorcizar en esas horas de luna llena, con sonidos y ruidos ridículos. El diablo nunca responde a las invocaciones por la sencilla razón de que no existe; es la representación antropomorfa del mal; pero no existe con su pestilencia de azufre en la cola, ni mucho menos patas de cabra y cuernos ridículos de chivo. A la hora de la muerte se ha de haber encomendado a San Miguel Arcángel, el único que acogotó al diablo con una luciente espada florentina. Todos los miedosos se encomiendan a él: es el santo de los temerosos y de los que creen que el diablo puede ser derrotado. “Príncipe de las milicias celestiales, arroja al infierno a Satanás y a todos los espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas”.

He escrito también una arenga que un revolucionario Villista dio a sus tropas antes del sitio de Torreón y estoy preparando unos números de *El Zoquete Ilustrado*, creo que sería mejor llamarlo el ojete ilustrado o el ojete zoquete, o zoquete ojete, pero

eso ofendería las buenas costumbres de los individuos verdaderamente malos; pero en realidad quisiera escribir sobre ti sobre mí, sobre Tolomeo, quien ya no está con nosotros; sobre estas vidas que nos tocó vivir, esas vidas cotidianas y monótonas, dedicadas al trabajo, que nadie va a rescatar jamás y que yo intento, vanamente, de adornar con los nombres de viejos filósofos. En los últimos años estudio filosofía; esa disciplina que se encarga de hacer las preguntas más exasperantes de la manera más correcta y geométrica; esto te lo digo a ti, Ovidio, para que no leas más que lo que te guste, y no aceptes quemarte las pestañas leyendo todas esas libros desinformados que nos hacen leer y releer desde nuestra más tierna infancia; veo el cuadro, *El Filósofo*, de Rembrandt, y me pregunto cómo pudo haber pintado ese cuadro tan profundamente misterioso que muestra, no al pensamiento desolado enfrentado consigo mismo, como quería José Gorostiza, sino la terrible soledad humana; lo más importante: he aprendido que hay filósofos que ríen y hay filósofos que lloran; no quisiera ser de los últimos aunque hay una vasta fauna de estos; aquí es donde pienso siempre en nuestro amigo Tolomeo Gonzáles y Gonzáles; fue realmente nuestro único compañero en ese corto viaje de nuestra vida; el otro, acaso el más brillante de todos, Orobio de Castro, se fue y nunca supimos más de él; quién sabe qué habrá hecho de su vida, él que quería hacer de su vida una especie de modelo intelectual y artístico, parece que vive jugando ajedrez en la Ciudadela de la Ciudad de México, diciendo que en las noches habla con José Raúl Capablanca; en cambio Tolomeo nunca quiso ser modelo para nadie, sólo quiso la alegría; quería ser muchos y cada día se daba cuenta que sólo era él solo; no creo que se disfrazara, simplemente se ponía esas ropas que a nosotros nos parecían extravagantes o estafalarias porque le daban placer y felicidad; no sé qué pensaba, nunca me lo dijo; en los últimos años todos nos hicimos solitarios y maniáticos, ya ni siquiera podíamos compartir unas copas o una comida como lo hacemos hoy, nos encontrábamos y después de darnos la mano, nos despedíamos sin saber qué decir y sin saber si algún día nos íbamos a volver a encontrar, como cuando éramos jóvenes; Tolomeo erró en la elección de su segundo nombre: Heraclito; no creo que haya fallado en querer cambiar de nombre; creo que todos deberíamos escoger un segundo o un tercer nombre que nos gustase y fuese libremente elegido por nosotros y no seguir con el nombre que nuestros padres escogieron cuando nacimos; pero él, quien aspiraba a la

felicidad, escogió el nombre de un filósofo llorón; por eso Carmencita hacía bien en llamarlo Heráclito, así sin acento, para que se diera cuenta que no era un nombre apropiado para él, quien buscaba la felicidad y odiaba el pesar y la *tristizia*; él pensó que Heráclito era el filósofo y el poeta del cambio incesante y como él quería cambiar y ser muchos, como Proteo, como Homero, como Shakespeare y como tantos otros poetas y narradores que fueron y que serán, entonces apañó el nombre de Heráclito, sin darse cuenta que escogía a uno de los filósofos más melancólicos del mundo; si no lo crees examina en alguna ilustración el fresco que Rafael pintó en el Vaticano y que le han mal llamado *La Escuela de Atenas*; ahí está Heraclito, sentado, de frente, con la cabeza apoyada sobre la mano izquierda; la barba hirsuta y el cabello oscuro; exuda tal tristeza que Durero escogió esta misma actitud para su grabado sobre la melancolía; dicen que quien sirvió de modelo, para este Heráclito de Rafael, fue Michelangelo Buonarroti, otro notorio melancólico; en este gran mural brilla por su ausencia el gran filósofo Demócrito, quien fue un filósofo que se reía de todo y de todos; el célebre burlón lo llamó Spinoza en una carta dirigida al tedesco secretario de la Academia de Ciencias de Inglaterra, y Spinoza que despreciaba a las pasiones tristes y alababa las pasiones alegres consideraba a la burla como una de éstas; y ese gran pintor de los monstruos que habitan el alma hispánica, y que fue apodado el Españolito, lo ha pintado de frente, sonriente, desdentado, con la pluma en la mano, riéndose todavía de aquellos que lo estamos mirando en este momento. Sólo es superado por Don Giovanni quien se ríe hasta en el infierno. Eso sí tiene mérito.

En ese momento don Tesoro se puso de pie, muy recto y de frente a nosotros, con la mano derecha cogió un manguillo y sobre un papel empezó a escribir las siguientes palabras con letra Palmer bien delineada: es imposible encontrar hoy un filósofo como Demócrito. Empezó a reír con gran estruendo y su risa se prolongó tanto que nosotros también comenzamos a reír.

Todavía recuerdo su risa de esa tarde como si fuera hoy.

Se sentó don Tesoro y seguimos comiendo y bebiendo vino; yo me sentía un poco mareado y con náusea y, con discreción, decidí salir a orinar al patio para aspirar aire fresco y refrescarme la cara y la cabeza con el agua de la bomba de mano; miré hacia arriba, el cielo estaba estrelladísimo y la vía láctea cortaba el cielo; cuando regresé, mi abuelo y don Amador hablaban en voz baja; no escuché palabra de lo que cuchicheaban; don Tesoro, dijo, bueno, ya regresó el crío, quien a lo mejor hace un poco más de lo que nosotros hicimos; eso no se sabe nunca dijo mi abuelo; la vida tal vez sea un poco menos difícil para él, de lo que fue para nosotros; en realidad dijo Tesoro, tú eras quien debió haberse llamado Heráclito y no Amador porque siempre has tenido talento melancólico; sólo fuiste un gran amador en un breve momento de tu vida; por lo menos hiciste honor a tu nombre y eso es más que suficiente, dijo Tesoro, riéndose; tuviste, tal vez, la mejor educación y eso te salvó un tanto, aunque tú no te diste cuenta; las mujeres como Ramona y como Flora son únicas; acaso es el único tipo de mujer que puede dar alegría a hombres como nosotros; Carmencita fue una gran mujer; era como un astro sobre el cual giró la vida de Tolomeo; dicen que ahora es una loca que no recibe a nadie porque vive con la obsesión de que Tolomeo algún día regresará por ella y se la llevará a bogar en La Paloma y ya nunca podrán bajar a puerto; ella siempre lo esperaba, dijo mi abuelo, sí, dijo don Tesoro y eso le daba a Tolomeo un arraigo en esta tierra como pocos lo han tenido; Tolomeo no murió bailando porque sólo bailaba con Carmencita, pero estoy seguro que murió feliz escuchando esa rumba tan deplorada por algunos, pero tan querida para él; sí, pero lo que quiero saber dijo don Tesoro dirigiendo su mirada a mi abuelo Amador es si ya has olvidado a la Flora; a veces la recuerdo, dijo mi abuelo, sobre todo desnuda y con el pelo alborotado con su vena de loca, cuando la montaba entre el estruendo de los pasodobles que emitía el gramófono; los recuerdos me asaltan, involuntariamente, quien lo hubiera pensado, con sus olores y su ambrosía de hembra en celo, y sus gritos de loca a la hora de la ensartadura, y de la manera cómo bailábamos en esa alcoba submarina, donde buceábamos con los ojos abiertos; eso me parece bien, dijo don Tesoro, porque no vale la pena olvidar las cosas buenas que uno ha vivido y sí aquellas que uno ha sufrido; hay que alejarse de la tristeza, dijo Tesoro, porque, de todas maneras, pronto el mundo se va a acabar y entonces sólo se puede uno llevar los buenos recuerdos, si es que hay algo que uno se pueda llevar; llevar a dónde,

dijo mi abuelo, bueno, dijo mi abuelo como si estuviera pensando en voz alta, no es por eso, hay que olvidar para seguir viviendo; por eso te digo, habló don Tesoro con voz alta y burlona, que el amor es lo único que hay que recordar y que al final hay que pensar que todas las grandes ilusiones se cumplieron, porque es lo mismo haberlas vivido que soñado.

III

Siempre he pensado que eras un poeta, mi abuelo hablaba ahora con más énfasis en la voz y también le noté un cierto dejo irónico; pero, ahora me vas a contar lo que pasó entre tú y Ramona Valladares; porque eso siempre me ha intrigado; los párpados de mi abuelo se entrecerraron y le apareció una sonrisa en la mirada; después se echó hacia adelante y se acodó sobre la mesa; don Tesoro me miró a los ojos; no le habrás dicho nada a tu abuelo de todo lo que te dije aquella mañana; miré primero a don Tesoro y recordé, no sé por qué, la *Biblia* herética que me había regalado, en esa misma habitación, en la que estaba inscrito el nombre de Tesoro y Ramona con una caligrafía muy cuidada y tinta color ocre, y después miré a mi abuelo; dije: jamás he dicho a nadie lo que me dijo usted aquella mañana, y jamás lo diré; esas palabras resonaron en la sala, al menos eso pensé después con cierta vanidad; don Tesoro me tomó de la mano y dijo: usted es mi sobrino y mi ahijado y es para mí como un hijo; después se dirigió a don Amador; siempre pensé que algún día me ibas a preguntar sobre Ramona, y también sabía que me ibas a preguntar por qué había regresado aquí; es verdad que la soledad no ayuda a olvidar, pero tampoco he tenido deseos de volver a convivir con el resto de los hombres; eres el único amigo que me queda y hoy siento deseos de contarte mi historia con Ramona, aunque sé que tal vez la imagines y que otros también la imaginen; mi relación con Ramona fue tan apasionada que estoy seguro que si volviera a nacer tres veces no encontraría otra mujer como ella, y es cuando me doy cuenta que nunca tendré otra mujer y por eso la extraño tanto y ejerzo la evocación de sus ojos y de su boca como un acto obstinado contra el olvido; sí, también la recuerdo desnuda y también siento en la nariz sus humores animales mezclado con el perfume y su ambrosía, el néctar que algunas mujeres secretan; recuerdo que la tomaba del cabello

y la apretaba contra mí, como si en ese gesto se me fuera la vida; la dejaba marcada en los brazos y en la espalda y la vida no nos daba respiro y así vivimos muchos años de alegría; yo siempre la celaba y eso fue la fuente de mi desgracia porque pertenece a una de esas pasiones tristes de las que hablaba el filósofo sefardí; llegué a la convicción de que Ramona quería envenenarme; el pelo y las uñas se me caían y siempre tenía diarrea; pensé, tengo que matarla porque, si no, ella me matará a mí; tengo que decirte, sin embargo que eso no pasó de un día a otro; durante meses enteros fui adquiriendo la convicción que ella tenía otro hombre con quien quería disfrutar mi dinero; hice un testamento a su favor; un día la sorprendí poniéndole un polvo blanco a mi café y entonces decidí darle una dosis letal de arsénico; durante días la acechaba para ver si recibía a algún hombre; durante días guardaba la bolsita de veneno en el bolsillo de mi saco para usarla en un momento propicio; cuando estaba a punto de darle el veneno me arrepentía y pensaba que jamás podría vivir sin ella; pensé en darle veneno y después tomarlo yo, y ese pensamiento me estaba volviendo loco; loco de atar; comprendo que ese insoslayable pensamiento lo han tenido otros antes que yo; para deshacerme de la terrible idea, y de la locura que me pisaba los talones cada día con más fuerza, una mañana le di una dosis letal del arsénico; fue un acto impulsivo, en el momento que tomó el café pensé que había cometido la locura más grande y que iba a vivir atormentado con esa imagen el resto de mi vida. Cuando la vi, muerta, embrocada sobre la mesa de la cocina, sentí que yo también estaba muerto y que no necesitaba ya tomar el veneno; así que regresé para pasar aquí mis últimos días y visitar el cementerio donde están enterrados nuestros padres y ver el mar en las madrugadas y pensar que esa felicidad que vivimos no podía seguir ni repetirse, ya la habíamos vivido; ahora sé que el amor no es una ilusión, sino el verdadero motivo de la alegría de vivir; y me siguen dando ganas de reír cuando observo lo ridículo de nuestras vidas y la de los demás hombres y por eso no me arrepiento de nada ni creo que haya castigo ni recompensa para nadie y algún día yaceré bajo la tierra, igual que ella, y nadie se acordará de mí, ni de ella, ni de lo que sufrí, gocé, pensé y soñé. Así, Amador, no te preocupes por mí: no moriré de hambre porque tengo un dinero guardado, que algún día te contaré la forma inverosímil como lo obtuve, y con ese dinero voy a recuperar las mismas cosas que regalé: la silla de montar con manzana de bronce, la mesa de caoba,

y sobre todo al caballo careto, a quien extraño tanto; me compraré otros muebles y ya no andaré en tálburi.

 Mi abuelo se levantó de la silla y se dirigió a don Tesoro, lo abrazó con fuerza por largo rato; lo miré de reojo y noté que a mi abuelo se le humedecían los ojos; después don Tesoro lo vio de frente y nuevamente lo abrazó, las carcajadas de don Tesoro resonaron de nuevo en la oscuridad de la noche.

El retorno de el profeta Elías

*Y van tras ellos como irisado humo Los sueños creados por mi pensamiento,
Los hijos del anhelo y la esperanza.*

Luis Cernuda

(Himno a la Tristeza)

Para Russell M. Cluff

Qué yo sepa —dijo mi primo Alejandro con un leve tono burlón en la voz— el profeta Elías arribó a Santa María de la Victoria y a ningún otro lugar. Eso me parece extraño. Por qué no apareció en San Juan Bautista, por ejemplo, o en Paraíso. Cuando he preguntado si alguien lo vio en algún otro lugar todos lo niegan. También cuando desapareció de Santa María de la Victoria nadie más lo volvió a ver. Tengo una hipótesis sobre este hombre. Lo recuerdo como si fuera hoy: El profeta era un hombre más bien bajo, de unos cincuenta años, de barba entrecana y, no sé por qué, pero tenía un aire de persona conocida. Alguien a quien alguna vez vi. Cuando empezó a predicar que el mundo se iba a acabar por agua o por fuego, recordé el texto en el que el profeta bíblico busca a Dios y no lo encuentra, ni en la tormenta, ni en los rayos, ni en el terremoto y cuando ya desespera de encontrarlo, lo encuentra en una brisa suave. Muy diferente de la zarza ardiente en el desierto donde una luz deslumbra a Moisés y el profeta de alguna manera refleja esta visión en su cara radiante.

Estábamos a orilla del mar viendo a un grupo de delfines que saltaban cerca de la orilla y también a unos pelícanos y rabihorcados que se clavaban en el mar. Un halcón marino planeaba cerca de nosotros y nos miraba fijamente, sin duda atraído por el olor del pescado asado. Había calor, pero la brisa era fuerte y eso la aliviaba. Estábamos sentados en unas sillas de tijera de tela rayada.

— Tampoco nadie ha visto al judío errante. Si yo mismo no lo hubiera visto y conversado con él, te diría que fue una invención de alguno de los del pueblo que andan inventando historias porque no tienen nada qué hacer.

— Yo también conversé con él y lo oí predicar encaramado en una banca de fierro del antiguo parque de Santa María de la Victoria. Tenía un discurso ordenado y utilizaba palabras bíblicas. Conminaba a todos al arrepentimiento. No parecía un loco. Vestía pobre, pero limpiamente.

— Yo, en aquel tiempo, no tenía nada de que arrepentirme, y sigo sin tenerlo. No sé si mi tío Don Tesoro Pulido tenía algo de culpa. No lo creo.

— Tampoco sé cómo se fue y nadie lo sabe. Ni siquiera se sabe donde dormía. Hubo un loco en este pueblo que se llamaba Paquito Gil que también predicaba el fin del mundo y sé que ha habido locos en muchos lugares que predicaban lo mismo, pero nunca dicen que son el profeta Elías o algún otro que para el caso es el mismo. Te diré lo que creo: ese hombre era de aquí y regresó después de muchos años. Se fue joven y regresó con la barba crecida y nadie lo reconoció. Fue un embarcado y viajó por el mundo. Regresó pobre y se quiso burlar de la gente del pueblo o se quiso vengar de ellos porque siempre tuvo una vida difícil. Este ha sido un pueblo de embarcados. Así ocurre en todos los puertos. Los jóvenes que no tienen ninguna oportunidad se embarcan y recalán en Manila o Buenos Aires. Ahí donde los llevan los barcos y la mayoría de las veces ya no regresan a su pueblo. Medio aprenden diversas lenguas. Pocos regresan con dinero. Muchos mueren en el mar o en riñas de los puertos. Conocí a un embarcado que regresó a la patria, pero ya no quiso regresar aquí. Compró una granja cerca de Toluca y ahí lo visité una vez. Había corrido muchas aventuras. Él me dijo algo sobre el profeta Elías. Me dijo que cuando era joven se embarcaron varios muchachos en los barcos americanos y alemanes que se fondeaban a mitad del río. Uno de ellos se llamaba Elías. Siempre necesitaban marineros. Casi siempre los barcos madereros iban a Nueva Orleans o para Hamburgo. Después se embarcaban en otros buques y viajaban por los puertos norteamericanos o por los europeos. Muchos llegaron al África y otros hasta el Lejano Oriente. A veces los marineros que habían salido de los puertos del Golfo de México se encontraban en Hamburgo o en Nueva York. Siempre hablaban de Santa María de la Victoria o Veracruz o Campeche o Tampico. Juraban que algún día regresarían. Algunos conocían cosas de maderas preciosas y otros de chicle y algunos aprendían bien el inglés. Era la época anterior a la Segunda Guerra Mundial. Los chicos del Golfo de México eran aventureros por naturaleza y en

general no tenían miedo a viajar por otros países. Varios sabían manejar armas de fuego y sabían pescar y cazar. Tal vez algunos se enredaron en guerras como mercenarios o se casaron con mulatas caribeñas. Todos los puertos están llenos de marineros de todo el mundo. Algunos, muy pocos, regresaron a Santa María de la Victoria después de muchos años de vagamundos. Este no era un loco, tenía un discurso articulado y un vocabulario envidiable.

— El profeta predicaba con pasión y no parecía estar loco como tú dices. Estaba convencido de que él era el profeta Elías, pero sabes tú mejor que yo que este es un pueblo de burlones. No creo que haya convencido a nadie. Ni siquiera creo que convenció a don Tesoro Pulido quien regaló todas sus pertenencias porque el fin del mundo ya llegaba.

— Sí. Era muy difícil creer que el profeta Elías regresaba y precisamente a nuestro pueblo que ya mostraba todos los signos de un deterioro económico y cultural. A la gente le interesaba bailar danzones y pasodobles y hasta había bailes para los niños. Mientras tanto el trabajo se acababa.

Hacia la izquierda podíamos ver el faro del puerto y a la derecha una playa llena de troncos secos que el río había arrastrado hasta el mar. La luz del sol que rebotaba en el mar deslumbraba y nosotros conversábamos con los sombreros de paja echados sobre los ojos. Los dos tratábamos de evocar el tiempo pasado cuando éramos jóvenes y Santa María de la Victoria era un puerto donde atracaban barcos de muchos lugares. El halcón marino giraba en círculos alrededor de nosotros. Recordamos las tardes en el cine, los juegos de béisbol, las noches de la radio y los bailes con la marimba orquesta.

— Mi amigo, el que regresó muchos años después y compró una granja cerca de Toluca me contó que regresó a Santa María de la Victoria. Caminó por el parque y por los muelles. Vio los escombros del cine Unión. Miró las altas palmeras y el cañón que habían dejado los franceses. Fue lo que lo conmovió. Cuando miró los monumentos del parque y los viejos postes de tronco de árbol, los viejos framboyanes, los laureles de la India, los almendros, los maculíes y las parotas se dio cuenta que nada había cambiado y no obstante todo era distinto. El calor lo aplastaba. También los recuerdos. Nadie lo reconoció. Tomó una cerveza fría en el kiosko del parque y se fue en el siguiente

autobús. Este amigo había viajado casi por todo el mundo y había guardado bastante dinero y se compró la granja cerca de Toluca. Por lo menos aquí no hay calor —me dijo.

— Ese halcón que planea alrededor de nosotros es el mismo que estaba aquí hace años —dije.

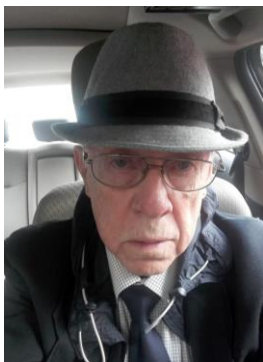
— Es paciente y espera que nos vayamos.

— Pronto nos iremos y nunca habremos salido de aquí.

— Te digo que mi amigo el que vino y se fue me contó que conversó con su antiguo amigo Elías en el puerto de Baltimore, cerca de la bahía de Chesapeake. Ahí le contó que en Nápoles asistió a un espectáculo de cetrería que lo marcó para siempre. En una de las plazas de Nápoles estaba un búho como de un metro de alto. Los ojos amarillos miraban hacia adelante casi sin parpadear. Quedó fascinado con el pájaro. *¿Comme se chiama questo ucello?* Preguntó en italiano. *Se chiama guffo*, contestó una mujer de ojos amarillos parecidos al del búho. Espectáculo de Falconería, decía en un letrero a un lado del búho. El espectáculo se desarrollaba en una especie de patio cuadrado de tierra. La mujer vendía los boletos en una caseta. Entró y se sentó en unas tablas que se habían colocado para el espectáculo. Enfrente de él estaban dos búhos enormes y seis halcones encaperuzados. El hombre anunció en italiano el espectáculo de Falconería y él, no sabe cómo, recordó que en castellano el adiestramiento de los halcones y aves de presa se llama cetrería. Primero soltaron a un búho, quien voló, silencioso, por encima de las cabezas de los asistentes, después pasó por dentro de un aro y regresó a su lugar. El falconero lo recompensó con algo que sacó del bolsillo derecho. El otro búho salió hacia arriba y después voló por encima de las cabezas. El hombre había pedido silencio para que se oyera el silencio del búho al volar. Así es como cazan en la oscuridad. Se sabe que una oreja del búho está más abajo que la otra. Fue recompensado con algo que sacó del bolsillo izquierdo. Los halcones encaperuzados se mantenían erguidos y quietos. Destaparon a un halcón y el hombre tomó una especie de rehilete como de metro y medio de largo y empezó a girar la cuerda, primero en sentido vertical y después en sentido horizontal. El giro era muy rápido y sin embargo el halcón seguía la punta del rehilete sin equivocarse nunca. Después planeó por todo el lugar y quedó suspendido, inmóvil, en el centro del patio. El hombre se metió la mano al bolsillo derecho y recompensó al halcón.

Elías, quien no había prestado atención al objeto que daba el cetrero como recompensa se dio perfecta cuenta que era un pollito vivo. Elías, sin darse cuenta, se levantó de su asiento y caminó como un borracho hacia la salida. Se fue directamente al barco y se acostó en el camarote. Se sentía aturdido y sin poder pensar. Después se durmió. Cuando despertó tenía la idea fija que iba a regresar a Santa María de la Victoria. Ya no quería seguir viajando. Dejó de comer carne y pollo y pescado. Se dejó crecer la barba y en las noches en lugar de rezar maldecía porque para vivir es necesario comer un ser vivo. Como pudo se confesó en italiano y eso le dio cierto alivio. Trasmoró en diversos puertos hasta que llegó a Baltimore y en un barco atravesó el canal de Panamá. Se había convertido en otra persona. Ni él mismo supo cómo. Un día se dio cuenta que él era el profeta Elías y tenía que salvar a su pueblo de la perdición. Así fue como llegó aquí a predicar el fin del mundo y el arrepentimiento. Comprendió que el destino de los profetas es que nadie los comprenda. El había logrado su misión. El fracaso era el signo inevitable de su tarea profética. No se sabe donde murió o si sigue embarcado en esos mares de Dios.

Semblanza



Bruno Estañol Vidal (Frontera - Tabasco, 1945) es un cuentista, novelista y ensayista mexicano. Ha publicado más de 15 libros, entre los que destacan: *Fata Morgana* (1989); *El féretro de cristal* (1992); *Bella dama nocturna sin piedad* (2003); *La mente del escritor: ensayos sobre la creatividad artística y científica* (2011); *EL ajedrecista de la ciudadela* (2012) *La Conjetura de Euler* y *La cola del diablo* (2015) y numerosos artículos en las principales revistas culturales de México. Ha sido estudiado por varios autores norteamericanos e hispanoamericanos, entre ellos, Russell M. Cluff, Eduardo Jiménez Mayo, José Sánchez Carbó, Hugo Hiriart, Hernán Lara Zavala, José María Pérez Gay, Juan Domingo Arguelles, Rafael Pérez Gay y otros.

Ha recibido las siguientes distinciones: Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí (1988); Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares (1992); y el Premio Juchimán de Plata en Letras y Artes del Estado de Tabasco (2002).

Como escritor de ficción Bruno Estañol se ha caracterizado por su perspectivismo, por el uso de variados puntos de vista, por múltiples narradores que refieren la misma historia, por la descripción empática pero sin concesiones de personajes excéntricos y solitarios a los que no juzga ni prejuzga y por un interés especial en el desarrollo de sus personajes, en particular de los femeninos. Varios de sus cuentos tienen un elemento chejoviano y sus cuentos y novelas tienen un marcado tinte de comedia negra. Como ensayista se ha caracterizado por su interés en el tema del doble y en personajes extraños o que lindan con la locura. Sus temas incluyen la visión de los adolescentes y de los jóvenes del mundo actual, el erotismo tanto femenino como masculino, El Doble, las matemáticas, la existencia de Dios, la música, la pintura, la vida como búsqueda sin respuesta y como camino que no tiene fin. Bruno Estañol es un escritor secular y se ha interesado en filósofos como Spinoza, Pascal, Leibnitz, Cioran y en científicos como Newton y Harvey.

Como ensayista ha escrito sobre Juan José Arreola, José Emilio Pacheco, Rafael Pérez Gay, Hugo Hiriart, Hernán Lara Zavala, Salvador Elizondo, Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Henry James, William Faulkner, Albert Camus, Edgar Allan Poe, Joseph Conrad, Anton Chéjov, Sigmund Freud, Juan Domingo Argüelles, Franz Kafka entre otros. Escribió varios libros filosóficos y sobre termodinámica aplicada con Eduardo Césarman Vitis. Entre ellos: *El Telar Encantado, Como Perro Bailarín y El Laberinto y la Ilusión*. Ha escrito un ensayo sobre el pintor mexicano Leonardo Nierman.

Estañol ha sido muy influido por el cine principalmente por el cine francés, italiano y norteamericano. Es aficionado al cine mudo y a las películas musicales. Ha escuchado música clásica y es admirador de Bach, Mozart, Camille Saint Sanz, Rachmaninoff, y de los compositores de ópera Giacomo Puccini, Leo Delibes y George Bizet. Desde pequeño ha sido un lector de poesía.

Es médico neurólogo y neurofisiólogo clínico certificado por el Consejo Mexicano de Neurología y por el Consejo Mexicano de Neurofisiología Clínica. También es certificado en neurología clínica por *The American Board of Neurology and Psychiatry* y es *Fellow of the American College of Physicians* y Miembro de *New York Academy of Sciences*. Académico titular de la Academia Nacional de Medicina. Es médico investigador del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición, Salvador Zubirán en la Ciudad de México. Es investigador nacional del sistema nacional de investigadores (SIN) en el área de la salud y actualmente es jefe del Laboratorio de Neurofisiología clínica del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición y profesor de la especialidad de posgrado de Neurofisiología Clínica de la Universidad Nacional Autónoma de México, su *Alma Mater*. Fue Presidente de la Academia Mexicana de Neurología y Presidente del Consejo Mexicano de Neurología. Es tutor de maestría y doctorado de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Ha publicado varios libros de su especialidad entre ellos *Tratamiento en Neurología y Neurología de los movimientos oculares*. Ha dirigido más de 50 tesis de licenciatura, especialidad, maestría y doctorado. Ha publicado 250 artículos científicos en revistas internacionales y 50 capítulos en libros. Sus publicaciones científicas han sido citadas alrededor de 1600 veces en revistas internacionales.

Distinciones

- Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 1988
- Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares 1992
- Premio Juchimán de Plata, en el área Letras y Artes del Estado de Tabasco. 2002

Obras

Cuento

- *Ni el reino de otro mundo* (1991)
- *La esposa de Martín Butchel* (1997)
- *Bella dama nocturna sin piedad* (2003)
- *Passiflora Incarnata* (2004)
- *Tiempo es sólo un día* (2015)
- *La cola del diablo* (2015)
- *El fin del mundo ya pasó* (2017)

Novela

- *Fata Morgana* (1989)
- *El féretro de cristal* (1992)
- *La barca de oro y Fata Morgana* (1998)
- *La conjetura de Euler* (2006)
- *El ajedrecista de la ciudadela* (2012)

Ensayo

- *El telar encantado* (en coautoría con Eduardo Césarman, 1994)
- *La invención del método anatomoclínico* (1995)
- *Como perro bailarín* (en coautoría con Eduardo Césarman, 1997)
- *La vocación condenada* (1999)
- *El Laberinto y la ilusión* (en coautoría con Eduardo Césarman, 2000)
- *La mente del escritor. Ensayos sobre la creatividad científica y artística* (2011)
- *El teatro de la mente* (2018)

Antología

El Doble, el Otro ¿El mismo?

Referencias

Russell M. Cluff. Prólogo al libro. *Bella Dama Nocturna sin Piedad*. FCE. México, 2014

Eduardo Jiménez Mayo: Tesis de Maestría: Universidad CEU de Madrid. *El Guiño del Diablo. La literatura extraña y tragicómica de Bruno Estañol*. *Universidad Juárez Autónoma de Tabasco*, México, 2010

Eduardo Jiménez Mayo: *Descabezamientos*. Editorial Académica Española. Versión digital. 2011

José Alberto Sánchez Carbó: Tesis Doctoral. *Rincones del Mundo. La Función del Espacio en las Colecciones de relatos integrados de México*. *Universidad de Salamanca*, España, 2009

Morella Ruscitti. Tesis de maestría. *Manifestaciones únicas en cuerpos particulares. Lo extraño de la caracterización femenina y del cuerpo humano en La Esposa de Martin Butchell de Bruno Estañol*. *Brigham Young University*, 2012. USA

Links

<https://erasureunavezuncuentoonline.mx/el-cuentista-del-siglo-xx/>

<https://erasureunavezuncuentoonline.mx/entrevistas-a-cuentistas/>

<https://erasureunavezuncuentoonline.mx/semblanzas/>